

LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 14. — Madrid 15 de Mayo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard.—*Los grabados*.—*Tradiciones de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón.—*San Isidro Labrador*, por Ossorio y Bernard.—*Los hombres de bien que no practican*, por R. García.—*De la veneración de las Reliquias*, por Fray José Coll.—*Lo que se pinta*, por J. Soles de Egulaz.—*El caldeo del hogar*, por Antonio Montenegro.—*Andrés el Pescador*.—*Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*.—*El Arte religioso*, por M. de A.—*Noticias*.—*Neerología*.
GRABADOS.—*El Canónigo Fr. Duilhé de Saint-Projet*.—*Aranjuez*.—*Fraille en oración* (cuadro de Zurbarán).

LA DECENA

SOLEMNÍSIMAS han sido las fiestas con que los PP. Agustinos del Escorial han celebrado el décimoquinto centenario de la conversión del Obispo de Hipona, tan célebre por su santidad como por su saber. El día 3, primero de los consagrados á dichas fiestas, se cantó Misa pontifical, predicando en ella el Rvdmo. Dr. D. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca, quien eligió como tema de su oración las palabras del Santo: «Nos has criado, Señor, para Tí, y nuestro corazón estará inquieto mientras no descansen en Tí», desarrollándolo por el recuerdo de la unión, de la piedad profunda y el alto saber que tanto enaltecen al prelado agustino. Por la tarde se expuso Su Divina Majestad y se rezó la coronilla de la Correa, con Salve cantada y motetes al Sacramento.

En el segundo día el sermón estuvo á cargo del Rvdmo. Doctor D. Santiago Vicente Sánchez de Castro, Obispo de Santander, quien confirmó su reputación predicando sobre el concepto de la vida, con su vasto saber y prodigiosa elocuencia.

En el día tercero predicó el Rvdmo. Dr. D. Benito Sanz y Forés, Agustino Terciario y Arzobispo de Valladolid, conmoviendo con su cristiana elocuencia al auditorio. Se verificó también comunión general y procesión por los claustros, y por la tarde, después de Completas, pronunció el sermón de gracias el Magistral de Segovia, Doctor D. Julián Miranda y Bistuer, y terminó la función con un solemne *Te Deum*. El grandioso templo estuvo iluminado interior y exteriormente por luz eléctrica, y el pueblo entero del Escorial se asoció con públicos regocijos á las solemnidades de la Iglesia.

En la velada literaria de la noche del 3 alternaron la música, la crítica y la bella poesía, después de algunas oportunísimas

frases del Sr. Arzobispo de Valladolid acerca del amor de San Agustín á la literatura.

En la noche del 4 se procedió al reparto de premios, que comenzó con un breve discurso del Padre Cámara y la lectura que dió el P. Muños á la Memoria formada por el Jurado calificador, aquilatando el mérito y bellezas de los trabajos premiados.

Los premios concedidos fueron los siguientes:

A D. Mariano Aguilar, del Colegio de Misioneros de Santo Domingo de la Calzada, por su *Estudio sobre la doctrina de San Agustín acerca de la belleza*; á D. Julián Pastor y Rodríguez, notario de Madrid, por su *Teoría político-social de San Agustín*; á don Buenaventura Iniguez, de Sevilla, por su *Te-Deum*; á D. José Ignacio Valentí, de Palma de Mallorca, por su trabajo *Ensayo para una biblioteca de escritores*

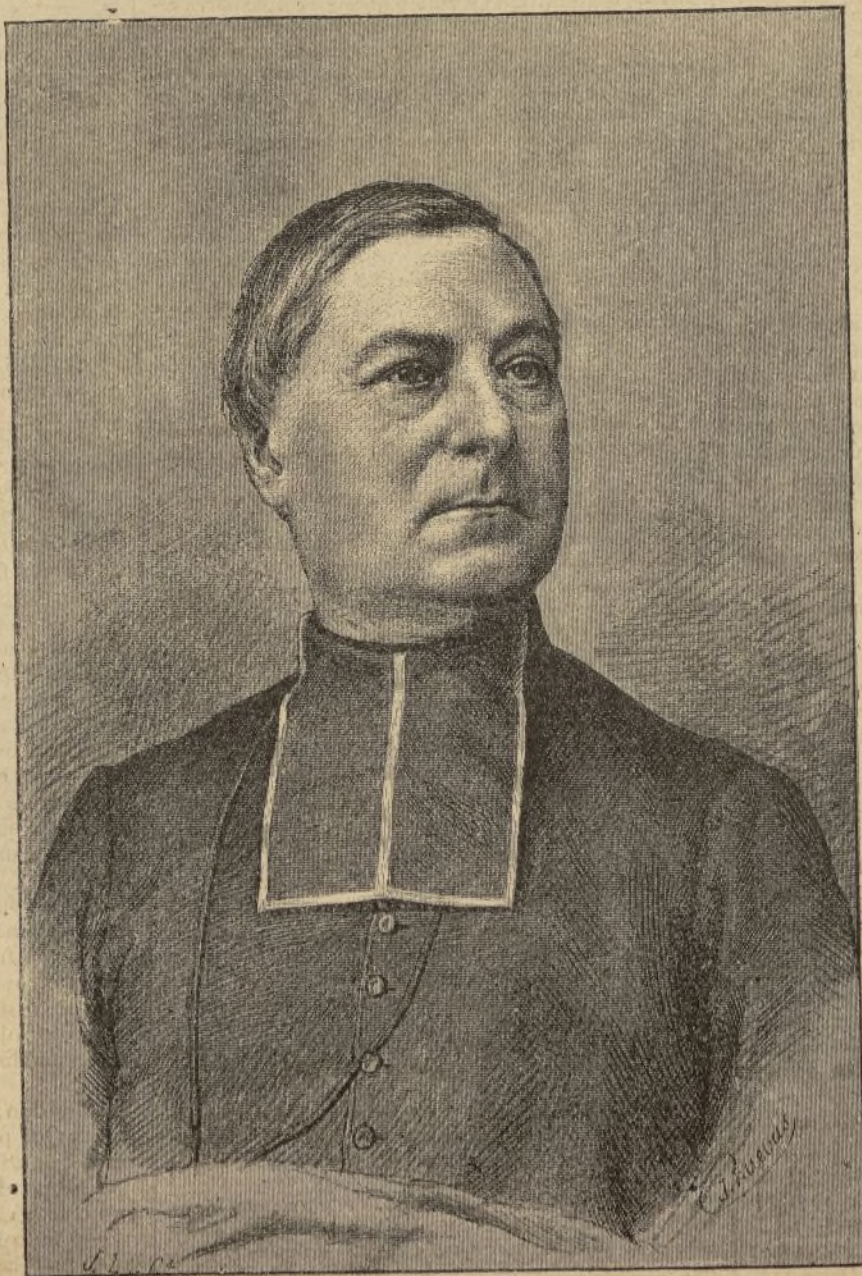
agustinos españoles; al Rdo. Giovanni Bautista Mosca, arcipreste, párroco de San Lúcido, Cosenza, por su *Compendio de la vida de San Agustín*, en latín clásico; al presbítero D. Emilio A. Vilelga, director de *La Galicia Católica*, por su trabajo sobre *La libertad del pensamiento dentro del dogma*, y á D. Angel Lasso de la Vega, de Madrid, por su estudio sobre la *Influencia de los Agustinos en la literatura española*.

Obtuvieron accésit y menciones honoríficas las Sres. D. Julián de Pastor y Rodríguez, notario de Madrid; D. Manuel Pérez de Villamil; Fray Buenaventura García Paredes, estudiante en el Colegio de Santo Tomás de Avila; D. Lorenzo García Huertas, estudiante de la Congregación de Misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María; Fray Julián Reglero, Presbítero Franciscano de Toledo; D. Angel Lasso de la Vega; D. Celestino Sadurní, de Barcelona; D. Juan Montes, profesor de música de Lugo; don Juan de la Cruz Font y Roselló, Capellán del castillo de Bellver; D. Enrique Barrera, maestro de Canilla (Burgos); D. Justo Alvarez Amandi, Catedrático de la Universidad de Oviedo; D. José Muñoz Sedeño, de Madrid; Fray José Cueto, de la Orden de Predicadores; el abate Teófilo Lorient, Cura de Oysonville (Francia); D. Máximo Fuertes Acebedo, Director y Catedrático del Instituto de Badajoz, y D. Aurelio Ribalta, de Madrid.

Después de la lectura de algunos fragmentos de las composiciones premiadas y de ejecutarse varias de las piezas musicales que lograron igual honor, el Sr. Obispo de Santander invitó á todos los circunstantes para el décimosexto centenario de la conversión de San Agustín, libres ya de las ligaduras terrenales y en la compañía del sapientísimo Doctor.

La concurrencia á los actos religiosos y literarios ha sido extraordinaria, habiendo albergado por unos días el Monasterio debido al fervor católico y á la piedad del Rey Felipe II, á numerosos Prelados, individuos del Clero y de las Ordenes religiosas, hombres de ciencia, literatos y artistas: una representación como la reclamaba del siglo XIX la memoria del sabio Obispo que, abriendo los ojos á la luz de la Fe, después de sus errores juveniles, consagró su poderosa inteligencia á ganar almas para el cielo y quitar adeptos á la impiedad y al paganismo.

La Religión consagra á la Virgen María el mes de las flores, para que nunca falte en sus altares el suave aroma de las mismas. De esta suerte la naturaleza rinde tributo á la Reina de los cielos y de la tierra.



EL CANÓNIGO FR. DUILHÉ DE SAINT-PROJET.

La cruz de Mayo, tierna y piadosa costumbre de otras épocas, pertenece ya á la historia, acaso por abusos cometidos á la sombra de la misma. La prohibición gubernativa puede acaso ser lógica y no merece, por tanto, muy acerba censura; pero contrasta el ánimo la consideración de que cada conquista de la civilización vaya arrancando una costumbre legendaria y religiosa. La devoción á ciertas imágenes en la vía pública, el Rosario de las calles, la cruz de Mayo, las procesiones, los autos sagrados, todo cuanto recordaba á nuestros padres los misterios y fiestas de la religión va desapareciendo progresivamente. Las reformas urbanas han hecho caer á tierra numerosos templos: de temer es que le sigan otros muchos, á poco que estorben para el emplazamiento de fábricas de luz ó de alambres trasmisores del sonido ó de la electricidad.

Hoy el arte ha representado la figura ecuestre de un Monarca pisoteando una tiara, y aunque la hipocresía no haya consentido en que se exhiba al público, sin quitar los atributos pisoteados, es indudable que el artista obedecía en su sacrilega alegoría á la presión de las corrientes de impiedad de su época; hoy se construye una torre gigantesca en menosprecio evidente del castigo sufrido por los que imaginaron la de Babel; hoy se hace gala de quitar de las escuelas la Cruz del Redentor y privar á los enfermos pobres de los sublimes sacrificios y heroicas virtudes de las Hermanas de la Caridad: todo está en carácter en esta época de descreimiento y de científicas conquistas.

Por fortuna, son infinitos todavía los fieles que en este mes acuden al templo á prestar brillantez á las solemnidades consagradas á la Virgen María; y fuera de las grandes poblaciones, allí donde la vista abarca en el límite del horizonte la conjunción del cielo y de la tierra; allí donde se escucha con más frecuencia el toque de la campana de la torre que el estridente són del timbre telefónico; allí donde los conciertos de los ruiseñores son más gratos al oído que los de la música profana; allí donde las flores exhalan sus aromas, que en vano tratan de sorprender las conquistas de la Química; allí, sin bandos que lo ordenen ni reglamentos que lo organicen, Mayo ofrece á la Purísima Virgen María sus luces, sus colores, sus aromas y sus armonías.

* *

Ahora estamos muy ocupados los hombres graves de Madrid en el sinnúmero de exposiciones que desde este mes, hasta Dios sabe cuando, van á ir escalonándose.

Exposición filipina.

Exposición de Bellas Artes.

Exposición de plantas y flores.

Exposición regional madrileña.

Exposición de la industria española...

Para antes de que todas estas exposiciones terminen ya habrá otras en proyecto ó en vías de ejecución. Por lo visto trata de acreditarse la frase vulgar de que Madrid es una exposición permanente.

Vamos, pues, á conocer de cerca á los igorotes y carolinos y á enriquecer nuestro idioma con unos cuantos jiros tágales; andaluces y vascongados, catalanes y gallegos vamos á ser temporalmente *castillas* y no habrá tertulia que no se denomine *catapusan*, ni flores que se atrevan á luchar con las *sam-paguitas*.

Al mismo tiempo que la exposición filipina, abrirá sus puertas la de Bellas Artes, en la que los cuadros recibidos hasta la fecha pasan de mil. Las noticias referentes á este concurso acusan grandes osadías en los pintores españoles y un exagerado consumo de botes de color y de tela preparada. Artista hay que, para pintar una ola, ha invertido siete metros de tela. A este paso los acuarelistas necesitarán un rollo de papel continuo para un paisaje y las exposiciones futuras tendrán que celebrarse á lo largo de una carretera. Los doradores, artistas de menor vuelo que los pintores, se ríen socarronamente de estas corrientes modernas del arte, en abierta contradicción con las dimensiones de las casas modernas.

Meissonnier pudo ser exagerado en la pintura de lo pequeño; pero los artistas del día lo son también, en propio perjuicio, embadurnando piezas enteras de tela que si no merecen los honores del Museo, sólo pueden servir para aliviar del sol á los dueños de algún puesto de frutas.

Las demás exposiciones van para más largo.

No todo ha de admirarse en un día.

Y además, para que la exposición regional de Madrid se celebre, hay que prepararse: hoy sólo podríamos exponer unos concejales nuevecitos, nacidos entre los votos de los amigos y las maldiciones de los contrarios.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL CANÓNIGO FR. DUILHÉ DE SAINT-PROJET.

El Canónigo Fr. Duilhé de Saint-Projet, cuyo retrato publicamos en la primera página de este número, es joven todavía y su nombre conocido y celebrado, no solamente en Toulouse, donde reside, y en Francia, su patria, sino también en el extranjero, especialmente en Bélgica, Italia, España y Portugal, á cuyos idiomas ha sido traducida su reciente y más importante obra, titulada *Apología científica de la fe cristiana*, vertida al castellano de la segunda edición francesa por nuestro compatriota D. Manuel Polo y Peyrolón. Duilhé de Saint-Projet ha sido premiado por la Academia francesa, y entre otros títulos, ostenta el de antiguo Decano de la Facultad libre de Letras de Toulouse y el de Profesor de Apologética y Elocuencia sagrada en la Escuela superior de Teología de la ciudad dicha. Durante el mes de Febrero último, dió cuatro conferencias contra el positivismo filosófico y científico contemporáneo, que tuvieron merecida resonancia, y en las cuales desenvolvió las siguientes proposiciones:

1.^a Estado actual de los espíritus y de las doctrinas acerca de los tres puntos fundamentales: *Dios, el alma y la religión*.

2.^a La teoría de la evolución y la existencia de Dios.

3.^a La teoría de la evolución y la existencia del alma.

4.^a La doctrina de la evolución aplicada á la religión, la moral evolutiva, los orígenes del deber y del derecho.

Pero á la *Apología científica* ya nombrada debe principalmente la notoriedad grande, que en poco tiempo ha conseguido el Canónigo Duilhé de Saint-Projet entre los apologistas del Catolicismo y hasta entre sus enemigos los pseudo-sabios materialistas. León XIII ha recompensado al autor de este manual apologético con un Breve laudatorio que figura al frente de la 2.^a edición de la obra, y el Episcopado le dispensa también su protección en todas partes. Léase lo que, en la importante *Revista Agustiniana*, correspondiente al 5 de Marzo último, dice á este propósito el eximio escritor Fr. Conrado Muñoz Saenz:

« Todo es oro puro y de buena ley en tan hermoso libro; pero lo que más nos ha llamado la atención es la introducción general por la amplitud de criterio, la elevación de miras y la novedad y oportunidad de las observaciones; el estudio acerca del Darwinismo por la riqueza de datos; la cuarta parte por la destreza con que hace resaltar el autor la sublimidad del espiritualismo católico, en parangón con el rastro y desconsolador materialismo; el capítulo dedicado á la exposición de una maravilla que la ciencia no ha logrado conseguir y que intuitivamente ha realizado la caridad de las hijas de San Vicente de Paúl, ó sea la perfecta educación religiosa, moral y literaria de una niña ciega y sordo-muda, hecho que presta materia al autor para estudios psicológicos sumamente interesantes; y por fin, el último capítulo, en que considerando á la Cruz como síntesis sublime de todo saber, corona el ilustrado Canónigo su obra un digno remate de tan cristiano edificio ».

« El Sr. Polo y Peyrolón, reputado escritor católico que ha traducido esta obra del Canónigo Duilhé de Saint-Projet, ha prestado un gran servicio á la Religión y á la Ciencia. Muy de desear sería que el clero español leyese y meditase ese libro y que se estudiase en los Seminarios como obra de texto, según han dispuesto ya ilustres Prelados, entre otros el Emmo. Cardenal P. Ceferino González ».

ARANJUEZ.

La Real Familia se ha trasladado á Aranjuez, reanudando las célebres jornadas que tanta animación prestaron á aquel Sitio.

Aranjuez es quizá el más delicioso y pintoresco de los de España, por la benignidad de su clima, por su hermosa situación y por sus elegantes palacios, que tantos primores y tantas riquezas artísticas atesoran.

Desde muy antiguo fué Aranjuez posesión de recreo, pues tal destino tuvo ya primitivamente para los Maestres de Santiago, á cuya orden pertenecía. Felipe II, que fué el primer Rey que lo poseyó, empezó la construcción del Palacio, cuyas obras dirigió el famoso Juan de Herrera.

En el siglo pasado Felipe V, Fernando VI y Carlos III prosiguieron la obra emprendida por el fundador del Escorial, habiéndose terminado en tiempos del último Monarca citado la construcción del palacio principal, que tantos cuadros magníficos, tan hermosos techos y tan artísticos salones encierra.

Sus jardines de la *Isla* con sus florestas y sus cascadas, los del *Príncipe* con sus árboles y arbustos de América y de Asia, y su *Casita del Labrador*, museo de preciosidades de la industria y del genio nacionales, causan justamente la admiración de cuantos viajeros visitan ese espléndido Real Sitio, envidiados por todas las cortes del mundo.

Hoy á sus timbres antiguos une Aranjuez otro de no menos valía, pues que guarda el recuerdo de aquel último sublime rasgo de abnegación con que D. Alfonso XII coronó su breve cuanto glorioso reinado, cuando el cólera diezaba la población y la muerte había dejado desiertos sus calles y sus jardines.

En la transformación que ha experimentado Palacio para recibir á la Real Familia, lo más importante es lo que se refiere á las estancias que ocupan la Reina Regente, el Rey niño y sus augustas hermanitas.

El despacho de la Reina Regente es el mismo que siempre han ocupado desde antiguo las damas que se han sentado en el trono. Lo más notable de esta cámara es la silla, no por ser bonita, sino porque la hizo con sus propias manos Carlos IV. Finas maderas, tapicería de damasco azul y embutidos de oro y marfil, constituyen la obra del regio ebanista. Frescos de Jordán, cuadros de David y una hermosa lámpara, completan el decorado del despacho.

El dormitorio de la Reina es amplio, con balcones sobre el jardín. Sobre la cabecera del lecho, de caoba, destácase una *Santa Catalina*, de Mengs, y enfrente una Virgen de Bayeu, obra admirable, inspirada en el amor maternal.

Todas las paredes están cubiertas de preciosas flores de Arellano.

Al Rey niño y á las Infantitas se ha destinado el Salón Amarillo, ó sea el salón de baile. El dormitorio está en el comedor grande.

FRAILE EN ORACIÓN.

(Cuadro de Zurbarán.)

Francisco Zurbarán, uno de los más ilustres representantes de la buena pintura española, nació en Fuente de Cantos (Extremadura) en 1598 y fué discípulo en Sevilla de Juan de las Roelas, continuador de las tradiciones del Tiziano, cuya escuela había seguido en Italia; pero Zurbarán imitó preferentemente á Caravaggio y más especialmente aun á la naturaleza que tenía ante la vista y en la cual bebió su inspiración. Los cuadros de *San Pedro de Alcántara*, *La adoración de los Magos*, *La recepción de San Bruno por el Papa*, *El milagro de San Hugo* y tantos otros le hicieron alcanzar el título de *pintor del Rey* y el de *Rey de los pintores* que le dió familiarmente Felipe IV.

El cuadro del *Fraile en oración*, que hoy reproducimos, pertenece al número de los que no pueden contemplarse sin asombro, ni olvidarse nunca una vez contemplado: tal es el arte y tal la expresión de sublime y aun rudo misticismo que le avaloran.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

XII

PATRIA DE LOS MACABEOS. — EMAÚS. — APARICIÓN DEL SEÑOR RESUCITADO Á LOS DOS DISCÍPULOS. — SAN CLEOFÁS. — PATRIA DE SAMUEL. — TORRENTE DEL TEREBINTO Y SINGULAR COMBATE ENTRE DAVID Y GOLIAT. — VISTA DE JERUSALÉN.



SALIENDO de Abugose, á la derecha, sobre una montaña de forma cónica, se divisa el pueblo de *Soba*, que es probablemente la antigua *Soteba* de los Setenta, y según otros *Modin*, patria de los Macabeos, aunque Fr. Livinio de Hamme encuentra infundada esta opinión. Nuestro compatriota el P. Manuel Forner, párroco que fué de Belén y de Damasco, que conocía perfectamente la topografía de Tierra Santa, coloca el Modin de los Macabeos en *Medié*, aldea que dista unas dos leguas de Lida. Sea de ello lo que fuere, Soba ó Medié recuerdan aquella epopeya sangrienta realizada por los Macabeos en defensa de su religión y de su patria, que empezó por la muerte que Matatías dió al enviado de Antíoco para que los israelitas sacrificasen á los ídolos, y concluyó librando al pueblo judío del yugo férreo de los reyes de Siria. En Soba ó Medié debieron estar los sepulcros que Simón Macabeo hizo construir, á manera de pirámides que se distinguían desde el Mediterráneo, en honor de sus padres y hermanos. En ambos lugares se encuentran ruinas suficientes para justificar la tradición; pero la circunstancia de que las pirámides se divisaban desde el mar favorece á Medié más que á Soba. Por otra parte, la semejanza entre los nombres Modin y Medié salta á la vista.

Al N. y en el mismo meridiano que Soba, á la izquierda de la carretera, alzanse los montes, en la vertiente de uno de los cuales está *El Kubebe*, que es la verdadera *Emaús* del Evangelio, donde el Salvador se apareció á dos de sus discípulos y comió con ellos.

Y dos de ellos aquel mismo día (es decir, el domingo en que resucitó Jesucristo) iban á una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios.

Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido.

Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á ellos el mismo Jesús y caminaba en su compañía.

Mas los ojos de ellos estaban detenidos (como si dijese paralizados por Jesús) para que no le conociesen.

Y les dijo:

— ¿Qué pláticas son éstas que traéis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?

Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás (no consta el nombre del otro), le dijo:

— ¿Tú solo eres forastero en Jerusalén y no sabes lo que allí ha pasado estos días?

El les dijo:

— ¿Qué cosa?

¹ Macabeos, lib. I, cap. XIII, vers. 27-30.

Y respondieron:

— De Jesús Nazareno, que fué un varón Profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes á condenación de muerte y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir á Israel, y ahora sobre todo esto hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que Él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas á Él no lo hallaron.

Y Jesús les dijo:

— ¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que los Profetas han dicho! Pues qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?

Y comenzando desde Moisés y de todos los Profetas se lo declaraba en todas las Escrituras que hablan de Él.

Y se acercaban al castillo á donde iban y Él dió muestras de ir más lejos; mas le detuvieron por fuerza diciendo:

— Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día.

Y entró con ellos.

Y estando sentado con ellos á la mesa tomó el pan y lo bendijo y habiéndolo partido se lo daba, esto es, en opinión de los Padres, les dió su sacratísimo cuerpo.

Y fueron abiertos los ojos de ellos y lo conocieron, y Él entonces se desapareció de su vista.

Y dijeron uno á otro:

— ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?

Y levantándose en la misma hora volvieron á Jerusalén, y hallaron congregados á los once y á los que estaban con ellos, que decían:

— Ha resucitado el Señor verdaderamente y ha aparecido á Simón.

Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino y cómo le habían conocido al partir el pan¹.

Al valenciano P. Manuel Forner, ya nombrado, se debe el descubrimiento de que la aldea El Kubebe es la Emaús de que nos habla San Lucas en el evangelio transcrito, visitada y descrita antiguamente por muchos peregrinos. En 1852 comenzaron de nuevo las interrumpidas peregrinaciones á Emaús; y en 1861 «la marquesa de Nicolay adquirió á peso de oro las venerandas ruinas, á las que desde tiempo inmemorial dan los árabes el nombre de *El Deir* (El Convento), restauraba la capilla, erigida en el sitio mismo donde el Señor cenó con los dos discípulos y edificaba un convento, en el cual residen generalmente tres religiosos franciscanos y se albergan los fieles que llevan á cabo la santa peregrinación²».

En dicha capilla se puede ganar indulgencia plenaria, y según tradición inmemorial allí nació, fué martirizado y sepultado el discípulo San Cleofás, que hospedó y dió de cenar al Señor en su propia casa. La marquesa de Nicolay, que murió el año de 1868 en olor de santidad, está también allí sepultada; y todos los años el lunes de Pascua de Resurrección, presidida por el Rdm. P. Custodio de Tierra Santa, se verifica desde Jerusalén y pueblos del contorno una devota peregrinación á tan importante santuario.

Unos 20 minutos más allá de Abugose se cruza un puente, por debajo del cual se desliza un riachuelo; 30 metros poco más ó menos al S. de dicho puente brota una fuente de agua potable llamada *Ain-Dilb*; sobre una altura á la izquierda se ve el lugarejo musulmán de *Beit-Nakub*; poco después tuerce el camino á la derecha para descender rápidamente á un fértil valle plantado de higueras; olivos y viñas y regado por las aguas de *Ain-Nâa*; en medio del valle se salva el barranco por un puente y á corta distancia se ven á la derecha las ruinas de *Abala* ó *Deir-el-Benate*, según otros, que recuerdan algún importante edificio de los cruzados; después de 23 minutos de marcha en descenso y ascenso por terreno abrupto, se llega á *Castal*, aldea compuesta de tres ó cuatro casas habitadas por pobres felajines, una pequeña torre y una mezquita; desde este punto culminante de la Judea se descubre al N. la montaña *Nebi-Samuil* (Profeta Samuel), que es donde estuvo la antigua *Ramatain-Sofin* ó *Ramata*, patria de Samuel, el último de los jueces,

que consagró á Saúl por orden de Dios, no sin hacer ver antes al pueblo ingrato los males que traería consigo la nueva institución; poco más allá, á la derecha, se divisa también *Ain-Kârem*, ó sea San Juan de la Montaña, al que oportunamente haremos visita especial; se continúa descendiendo por pendiente rápida y tortuosa y 20 minutos después se llega á *Colonié*, probablemente la antigua *Culon* mencionada por los Setenta; entre dicho lugar y el camino se ve un hermoso valle lleno de limoneros, naranjos, membrilleros, olivos, viñas, etc. y regado por seis fuentes, de las cuales la más abundante y próxima al camino está á la izquierda y se llama *Ain-el-Iisr* (fuente del puente), y algunos pasos más allá se encuentra un puente de cal y canto, tendido sobre el famoso torrente del Terebinto.

«El terebinto, del cual reciben su nombre torrente y valle, es un árbol de hermoso follaje y agradable olor, resinoso, de mediana altura, color ceniciento, hojas largas, tiesas y siempre verdes y da por incisión la trementina, cuando llega á treinta ó cuarenta años. La corteza es aromática y se quema como incienso. Su fruto, sucesivamente verde, amarillo y negro, tiene un sabor ligeramente ácido. Debemos advertir que en la Sagrada Escritura suele darse el nombre de terebinto á la carrasca, á la encina y al roble¹».

Este torrente atraviesa de parte á parte el pintoresco valle antes citado, y valle y torrente son celeberrimos porque, según tradición inmemorial y recogida por miles de autores, allí se verificó el singular combate entre el pastorcillo David y el gigante Goliath. De aquel torrente cogió el primero «cinco guijarros muy limpios y los echó en el zurrón que tenía consigo y tomó la honda en la mano y se fué en busca del Filisteo.» Y en este valle, entre *Ain-Kârem* y el puente, metió David «su mano en el zurrón y sacó una piedra que disparó con la honda y dándole vuelta hirió al Filisteo en la frente, y la piedra quedó hincada en su frente, y cayó en tierra sobre su rostro. Y como David no tuviese espada á mano, corrió y se puso sobre el Filisteo, y le quitó la espada, y la sacó de la vaina, y le acabó de matar y cortóle la cabeza²».

Cruzados el torrente y valle del Terebinto, remóntase el camino, durante más de media hora, por empinada y peligrosa cuesta, se ve á la derecha la 14.^a torre fortificada, y se deja á la izquierda, al otro lado del profundo valle (*Valle-Lifta*) en la vertiente de una montaña el lugarejo de *Beit-Iksa*. Dominada la altura, se encuentra á la izquierda la 15.^a torre, y el peregrino contempla el siguiente magnífico panorama: enfrente el Monte de las Olivas; á la derecha el *Vadi-Musallabé*, en donde los griegos cismáticos tienen su Seminario, llamado convento de Santa Cruz; al S. E. el convento de San Elías, y un poco más á la derecha Belén. A los cuatro minutos de marcha, por el E. y á lo lejos, en el extremo horizonte, semejante á muralla inmensa, se distinguen los montes de Moab; á los seis minutos se llega á la torre 16.^a y la *Ciudad Santa* se presenta á la vista del peregrino produciéndole emoción indescriptible.

Los ojos no se hartan de mirar, queriendo reconocer en aquellos alminares, cúpulas y torres, la basílica del Santo Sepulcro, el Cenáculo, la casa de David, y tantos y tantos recuerdos de escenas y lugares, de que se presenta henchida la memoria del peregrino. A la charla bulliciosa de la caravana sucede repentino y religioso silencio; palpitan los corazones con fuerza como si quisiesen saltar del pecho; anúdase la voz en la garganta, y ríos de lágrimas acuden á los ojos. ¡Ya estamos en Jerusalén! dicen ó piensan los peregrinos todos, suspirando de alegría, como quien alcanza el anhelado término de largo y penoso viaje, y emoción tan honda no se traduce en vivas, ni en gritos, ni en conversaciones á media voz con el más próximo, nada de eso: todos callan, desmontan todos, como impulsados por el mismo resorte, besan repetidas veces, regándole con lágrimas, aquel santo suelo, rezan un Padre nuestro, Ave María y *Gloria Patri* para ganar la indulgencia plenaria concedida para el momento en que se divide la Ciudad Santa, y con voz entrecortada por los sollozos entonan el Salmo XXI, que en verso castellano dice así:

¡Con qué dulce regocijo,
con qué alegría y fervor
of la voz que me dijo:
«Iremos á la casa del Señor.»
En tus atrios, Ciudad Santa,
Jerusalén peregrina,
Descansará nuestra planta,
que ya te alzas gloriosa en la colina.

Allí las tribus irán,
las tribus del pueblo fiel,
como prometió á Israel,
y el nombre del Señor confesarán.

De la justicia en abono
habrá rectos tribunales,
y dentro de sus umbrales
la casa de David tendrá su trono.

Rogad, pedid cuanto pueda
dar paz á Jerusalén:

á cuantos la quieran bien
sus dones abundantes Dios conceda.

Reine la paz en sus muros,
graneros sus torres sean,
y en sus recintos seguros
como hermanos conversen y se vean.

Pero tu gloria mayor
es que el templo de Dios tienes:
por su respeto el Señor
te colmará de dichas y de bienes¹.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

SAN ISIDRO LABRADOR²



UNQUE el calendario no lo rezara; aunque tampoco lo indicasen el calor que nos molesta en el primer tercio de Mayo y las flores que profusamente adornan á las mujeres, cualquier madrileño legítimo ó conoedor, sin ser madrileño, de las cosas de Madrid, puede asegurar, sin temor de equivocarse, que se aproxima la fiesta del Santo patrón, del labrador humilde que mereció por sus virtudes ser venerado en los altares.

Los trenes de las vías férreas, los coches del antiguo régimen, las tartanas, galeras y caballerías vienen arrojando sobre la heroica villa un contingente numerosísimo de forasteros. Los pueblos de la provincia central y los de las limítrofes deben quedarse en cuadro, á juzgar por los muchos individuos de ambos sexos y de todas las edades que se codean y se pisan por las aceras de la Corte, transitan por el centro de las calles y llenan posadas y fondas.

La romería de San Isidro es el pretexto de esta invasión, pues sabido es que carece completamente de encantos dicha fiesta, celebrada junto al sediento Manzanares y entre cerros de arena.

Pero con achaque de la romería se visita á Madrid, sus teatros y circos, sus paseos y cafés; se renuevan las modas del lugar, se estudia el aire de las madrileñas, se compran las cien mil baratijas é insignificancias de nuestros bazares, y se regresa al pueblo acaso con menos ilusiones, y de seguro con mucho menos dinero del que se trajo para el viaje.

Y no cabe duda respecto á los forasteros: los unos porque traen los característicos trajes de la Mancha y de Castilla, de la Alcarria y de Valencia; los otros porque forman en fila y marchan unidos de la mano para no perderse; éstos porque conservan en nuestras calles y casas la costumbre de hablar á gritos como en la era del pueblo; aquéllos porque, á pesar del rebuscado afán con que imitan en el vestir á los madrileños, el tono tostado de sus rostros les denuncia.

Los teatros, que habían cerrado sus puertas, vuelven á abrirlas: poco importa el género que han de cultivar ni el crédito de los actores; lo esencial es que funcione el despacho de billetes, y en estos días las empresas hacen su agosto.

Los comercios de telas acuden á sus olvidadas existencias de hace años para llenar con ellas las fachadas de sus casas, y tienen la seguridad de que no ha de ser inútil el procedimiento.

Las liquidaciones-verdad, los saldos definitivos, las subastas positivas menudean que es una bendición, hasta el punto de parecer que todo el comercio aguardaba esta época del año para declararse en quiebra.

Mientras tanto, el timador que juega al As de Espadas acecha en la Ronda; el que ha de encontrarse una sortija de brillantes espera á que se acerque un grupo de forasteros; los *ciceroni* se ofrecen servicialmente á enseñar á los forasteros todas las curiosidades de la Corte, y en cada esquina se halla situado un individuo, portador del tradicional cartucho de perdigones, en la seguridad de que no faltará quien se lo cambie por legítimas y antiguas onzas peluconas, por modernos centenes de oro ó billetes de Banco.

¹ Los *Salmos de David*, por D. Justo Barbajero, pág. 362. Madrid, 1877.
² Del *Libro de Madrid y advertencia de forasteros*, que acaba de publicarse.

¹ S. Lucas, cap. XXIV, vers. 13-35.
² Santiago etc., tomo II, pág. 59.

¹ Santiago etc., tomo II, pág. 63.
² Reyes, lib. I, cap. XVII, vers. 40, 49 y 50.

En esta lucha entre el relativo candor de los forasteros y la positiva picardía de los madrileños, el triunfo es siempre de estos últimos. La prensa registra fijamente no pocos casos de éstos, y la policía, aun redoblando la vigilancia, no puede evitarlos casi nunca.

Pero ni estos engaños son los únicos, ni acaso los peores; otros de índole moral ó de publicidad difícil aguardan á los forasteros, muchos de los cuales se ausentan de la Corte lanzando contra ella terribles maldiciones y prometiendo no volver...

Hasta que unas fiestas extraordinarias ó una romería como la de San Isidro les hagan nuevamente quebrantar su propósito.

...

¡Desgraciada en tales días la familia madrileña que tenga parientes en los pueblos próximos! Su casa se verá convertida en posada, su despensa entrada á saco, su sala de recibo hecha dormitorio, sus individuos todos revestidos del cargo de guías de los viajeros, que en brevísimo espacio desean conocer todos los palacios y todos los museos, todos los espectáculos y todos los templos, todos los paseos y todas las curiosidades públicas. En vano será que la familia madrileña se defienda, alegando que nunca, á pesar de su vecindad, ha visitado lo que tanto preocupa á los forasteros; en vano que finja enfermedad ó pesar, luto ó inconveniente material para complacer á sus huéspedes. Estos la empujarán para ponerla en movimiento, la harán buscar en la calle el descanso que en la casa se le ha hecho imposible, y no tendrá más remedio que ir desde el Observatorio astronómico á San Antonio de la Florida, desde la Guindalera á Pozas, desde la estación del Norte á la del Mediodía, cruzar el Prado y Recoletos, limpiándose el sudor copioso que la hacen verter sus parientes, entrar en todos los cafés del paso y poner á prueba su robusta naturaleza, haciendo un género de vida al que no estaba ciertamente acostumbrada.

Desde los coches del tranvía á las aceras de las calles se cruzan saludos de los habitantes de un mismo pueblo; unos á otros individuos se llaman á voces, haciendo gala de sus apodos, poco en armonía con la sociedad cortesana; y cuando se reúnen varios individuos en cualquier sitio, sus diálogos á gritos llaman la atención de los transeúntes, poniéndoles al corriente de todas las interioridades de dichas familias.

Madrid en estos días no es Madrid; en sus huéspedes se encuentran conservadas todas las modas y todos los caprichos, desde el frac del currutaco de 1848, hasta el miriñaque de la elegante de 1850, desde el característico pañuelo de los alcarreños, hasta la montera gallega y la mantilla segoviana.

...

Pero los forasteros, hombres esencialmente prácticos, no acuden á Madrid solamente á divertirse: vienen también para sus negocios y los de su familia y tal vez además para asuntos políticos.

Véase en prueba de ello una carta dirigida por uno de los forasteros á su familia:

Queridos primos: Aquí estamos todos los de la comisión gestionando el premio de nuestros servicios, y con grandes esperanzas de lograrlo. El Diputado nos ha recibido con mucho cariño, y ha puesto á nuestra disposición una tarjeta para utilizar el tranvía; también nos ha dado papeletas para visitar el Museo Naval y lo reservado del Retiro, y nos ha dicho que un domingo nos llevará á ver el Museo de Pintura. Con su influencia pudimos ver en primera fila el simulacro militar del martes, y creo que también veremos la elevación de un globo desde la parte exterior del Retiro. Ahora trata de hacer que se interprete en nuestro favor la ley, dándonos algunos destínulos, pues habiéndosele dicho que no podía hacerse el nombramiento si no habíamos sido sargentos, ha contestado y quiere hacer valer que lo fuimos... en la Milicia Nacional.

Aquí en Madrid la gente se divierte mucho y casi siempre de balde: por la mañana á la parada; al medio día á ver entrar á los Diputados en el Congreso; después á pasear por las calles, y á la noche á ver salir á los vendedores de periódicos atropellando á los transeúntes y oír tocar el piano junto á las puertas de los cafés. Hemos visto el Palacio Real por fuera; hemos dado vueltas al edificio de las Caballerizas; conocemos la entrada de todos los teatros, y el Diputado nos ha ofrecido hacer valer su influencia si llegan á prohibirnos la libre circulación por las calles.

Matías perdió anoche el reloj, y creyendo que se lo habían robado, echó mano al cuello de uno que pasaba junto á él y que luego resultó ser un senador: excuso decirnos que durmió en la prevención. A Diego le han dado un hermoso cartucho de monedas

de cinco duros por mil reales en papel: no quiere abrir aquél hasta que nos encontremos en el pueblo. A Juanito le ha salido un pariente de su padre que le lleva á todas partes; pero tan delicado, que no consiente que se hable nunca de dinero y deja pagar á Juan. Yo me divierto lo que puedo, y espero, como os he dicho, lograr una buena breva: como tengo buen carácter de letra y regular ortografía es posible que me hagan guarda de campo. Nuestro Diputado, tan campechano y tan guapo como siempre, según me dice su ayuda de cámara, pues desde la primera vez que le vimos no hemos podido encontrarle nunca en casa. ¡Y cuidado que estuvo fino con nosotros aquella vez! Llamó al criado y le dijo: «Perico, fíjate bien en estos señores, y cuando vuelvan por aquí no les hagas esperar, aunque esté comiendo ó en la cama.» Lo malo es que tiene tantas ocupaciones que nunca come ni duerme en su casa. Muchas memorias á todos los que preguntan por nosotros, y no se os olvide recomendar al Alcalde que nos mande algunos fondos, ya que hemos hecho este viaje en bien del partido y representando al comité de la localidad. Vuestro primo,

Anastasio.»

Es seguro que al recibirse en Villaquejosa la anterior epístola, todos envidiarán la suerte de los vocales del comité y dirán invariablemente para sus capotes:

— ¡Y que no se divierten en Madrid!

...

Día 15, San Isidro Labrador, Patrón de Madrid. Si á esta indicación del Almanaque se agrega la astronómica de *Buen tiempo*, no es necesario añadir que las naturales consecuencias de dichas premisas serán un sinnúmero de indigestiones, alguna insolación y varias puñaladas perdidas; para algunos la prevención, para otros acaso el cementerio.

Desde la Cuesta de la Vega hasta el *pontón*, un cordón negro, formado por seres humanos que gritan, gesticulan, tocan silbatos ó conducen botijos blancos y rojos; en el *pontón* tantas protestas como perros grandes hay que abonar por el paso; en la cuesta que conduce á la ermita, los torrados imposibles, las rosquillas de Fuenlabrada hechas en Madrid, la leche de las Navas en combinación con la riqueza del Lozoya, los frasquetes de licores no registrados en ningún Manual del Licorista, los pitos de todas clases y los productos de la escultura en su aplicación á la fiesta del día.

En este ramo hay varias especialidades cada año, simbólicas y de carácter político; *Prim y Olózaga*, *Amadeo de Saboya* y *Carlos VII*, *Sagasta* y *La Mano Negra*: he aquí las especialidades que, según las épocas, han ido sucediendo ó acompañando á *Don Pepito*, *Perico Manguela*, *el Doctor Garrido*, *el Perro Paco* y otras entidades de carácter madrileño. Ni unos ni otros pudieron subir á más ni venir á menos.

Estos pedazos informes de barro, pintados y estofados caprichosamente, pudiéranse tomar como muestras bien conservadas de alguna civilización perdida del centro del Africa, ensayos tímidos del arte prehistórico, salvando siglos y generaciones, hasta llegar en este día á la pradera de San Isidro en la forma primitiva que hoy ostentan.

Como cabezas de silbatos, los retratos de Castelar y de varios políticos más: ¡dírase al verles que unos se silban á los otros con pertinaz empeño!

El progreso suele tener su representación en un taller de fotografía, donde por una peseta se obtienen nueve retratos nada menos... con aire de familia; ó en el teléfono para poner en comunicación con el centro aquella apartada región en que se celebra la romería.

No hay tenducho ni armatoste que no haya utilizado un telón, una bambalina ú otro cualquier aparato escénico de algún teatro destruido recientemente. Dírase al mirar aquellos cobertizos cerrados por telones teatrales, que los alimentos que en ellos se sirven son también de guardarropía... único medio de que no hagan daño.

La pradera es un valle cercado de cerros de arena y de cementerios, recuerdo constante y fúnebre testigo de lo efímero de las humanas alegrías.

En su parte más elevada una humilde ermita, y en la hornacina que existe sobre su puerta la efigie del Santo, la misma efigie tradicional que todos los años lluviosos ha sido apedreada... con excepción de los tiempos en que había Milicia nacional, en uno de los cuales se dió el caso de que el retén de guardia disparase sus fusiles contra la imagen, para dar prueba clara y evidente del catolicismo del pueblo madrileño.

Junto á la ermita, el pozo de agua que sana las calenturas de los que con ella, y con fe bastante, acuden á beberla, y por todas partes tiendas de

vinos de los que, á la inversa del agua, producen calentura á los que van sin ella.

Manzanares, avergonzado, corre por entre banquillos de lavanderas y tendedores de ropa blanca, lamiendo los estribos de los magníficos puentes de Segovia y de Toledo, filtrándose por entre capas de arena y recordando los tiempos en que podía arrastrar unas cubas de vino, haciendo exclamar á los que lo presenciaban:

— ¡Una va llena! ¡Una va llena! — Origen curioso de la tradicional *ballena* del Manzanares, narrado por el popular Trueba en los tiempos en que habitaba entre nosotros sufriendo la nostalgia de su país.

La romería del Santo Patrón de Madrid no puede ser un motivo para las visitas que nos hacen los forasteros: pase, á lo sumo, como un pretexto para poder satisfacer el capricho de realizar un viaje de recreo á la capital (cuyos Ayuntamientos no han hecho nunca el más leve esfuerzo para que sea agradable la estancia de aquéllos en la misma) y como una ocasión excelente de utilizar las tarifas económicas de los ferrocarriles y de darse un atracón peligroso de esas sustancias alimenticias que se han escapado hasta hoy á todas las investigaciones de la química, y que en el lenguaje vulgar se llaman *rosquillas bañadas* y *rosquillas tontas*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS HOMBRES DE BIEN QUE NO PRACTICAN



N verdad habría mucho que decir para quien supiese narrar acerca de los personajes á que se refiere el epígrafe de este articulillo.

Hay muchos hombres intachables en su conducta privada: buenos padres; buenos hijos; excelentes administradores; asiduos en el trabajo; adornados en fin de todas las virtudes domésticas y sociales; pero estos señores *no practican*, es decir, creen en Dios porque tienen razón; son católicos porque están bautizados, pero no hay que hablarles de las prácticas del cristiano, no hay que hablarles de confesar, ni de oír misa, ni de nada que se parezca á cumplir con los primeros deberes de todo fiel cristiano. Si les llamáseis ateos, se ofenderían mortalmente, *ellos son creyentes*... Si les decís que están en pecado mortal, argumentarán hasta secarse la garganta para convenceros de que no han incurrido en ningún pecado, ni siquiera venial; ellos no roban, no matan, no codician y hasta querrán probaros que la *ley de Dios* no manda confesar y que la *ley de la Iglesia* no es como la ley de Dios, eso no, eso está hecho *por los Curas*.

Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia no tienen fuerza para éstos, como si todo lo que manda la Santa Madre Iglesia no fuese ley de Dios.

El Señor dió potestad de *atar y desatar* á San Pedro, instituyendo con sus palabras el Sacramento de la Penitencia.

Sacramento que nosotros deberíamos llamar de consuelo porque el pecado aflige el alma y la absolución da paz, gozo, alegría, inefable consuelo, al regenerarla por el perdón.

Pensemos un poco y trayendo el asunto á una sencilla comparación tocáremos de cerca sus beneficios. ¿Quién no se considera feliz de poseer la sincera amistad de una persona en quien depositar su confianza refiriéndole las fases de su vida íntima? Si son alegres porque goza recordando alegrías pasadas, si son tristes, porque consuela su tristeza con las lágrimas del amigo, depositando sus duelos en aquella alma gemela de la suya. El sacerdote está encargado de acomodar las cruces; el que va á sus pies, con la cruz clavada en un hombro, se siente aliviado porque se la quitaron de la herida, para colocarla en sus brazos. Esto es la confesión, un consuelo; una confianza que hacemos á Cristo Señor Nuestro, y este amoroso Señor, que murió para redimirnos, nos conforta, como que es el mejor amigo que podemos tener y el que nos ha de dar luz para conocerle y amarle.

No estoy muy seguro de que los argumentos antes citados nazcan realmente espontáneos y crezcan acariciados en la mente de los que *no practican*. Suelen ser hijos de un cierto remordimiento, que allá en su fuero interno les dice algo, así como si los llamase cobardes... sí, cobardes, porque suele detenerlos en el umbral de la Iglesia una idea mezuquina, pobre; pero que toma proporciones de gigante, por lo mismo que de tan vil materia es. A la manera que con viento se dilata una vejiga y sirve de juguete á los niños, así se agranda esa idea, en ciertas personas; idea que se condensa en una frase ¡qué dirá el mundo! ¡Qué dolor! ¡No tenéis fuerza para

vencer y matar en vuestra mente ese fantasma? Consideradle como un juguete y aplastadle entre vuestras manos como hace el niño con la vejiga y después del ruido, que le regocija, arroja por inútiles los escasos residuos restantes de aquel hermoso globo.

¡El mundo! que palabra tan hueca y tan sonora ¡el mundo! Examinemos ese mundo del hombre de bien; ¿á qué se reduce? Veinte socios del casino, cincuenta abonados del teatro, una docena de damas necias ó vanas... veinte ó treinta amigos y conocidos. Este suele ser el mundo del hombre de bien sin contar su familia casi siempre católica práctica y devota, por lo cual, tal vez tiene como cierto reparo en hacer lo que hacen *las mujeres*. Lástima causa y lástima profunda que se mire por un prisma tan pobre cosa tan grande y tan alta. No penséis en la piedad de las mujeres, aunque ellas en todos casos suelen ser varoniles cuando de amor y ternura se trata.

Ahí están pregonándolo las Hijas de San Vicente de Paúl: no penséis en ellas, enhorabuena; pero pensad en los grandes hombres, en los filósofos, en los sabios, y veréis que la mayor parte de ellos practican sin que su caridad y amor de Dios esté reñida con el valor del militar, la ciencia del sabio, la profundidad del pensamiento del filósofo.

Hombres de bien, aficionaos á leer los santos Evangelios, estudiadlos, acordaos de que tenéis que rendir cuentas de los talentos recibidos.

Guardad los mandamientos de la ley de Dios, pero también los de la Santa Madre Iglesia: todos están dictados por el Dios Trino y Uno.

Escuchad á Jesucristo, que dice como sigue por boca de su Evangelista San Mateo, cap. 16, v. 17:

«v. 17. Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás: porque no te lo reveló carne ni sangre; mas mi padre que está en los cielos.»

«v. 18. Mas yo también te digo, que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

«v. 19. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.»

San Pedro quedó con estas palabras instituido en Supremo Juez en la tierra; en primer sacerdote de la nueva y verdadera iglesia.

Por lo tanto el que falta, el que desobedece á la Santa Madre Iglesia, instituida por Jesucristo Señor Nuestro, peca mortalmente.

Es un dolor, y muy profundo para las almas cristianas, presenciar con los brazos cruzados la muerte eterna de los ateos, de los viciosos, de los hombres malos; pero es mucho más desconsolador, mucho más triste ver á los buenos, á los que deben á Dios un buen natural, y por lo tanto tienen más cuenta que rendir, es amarguísimo verles secar su vida sin fruto para su alma. ¿Y «de qué le aprovecha al hombre, si granjeara todo el mundo y pierde su alma?»

Las causas de este *sueño* en que viven los hombres de bien no hay que buscarlas en las ideas modernas, no: éstos tales, cuando son hombres pensadores, suelen pensar correctamente, vive en ellos la idea del bien y del mal, son esclavos de sus deberes sociales y domésticos, tienen el código del honor, como lo entiende el mundo, como deberían tener los Santos Evangelios. Detestan todo lo que hiera su Fe — porque la tienen, les falta caridad — aborrecen la desvergüenza y las licencias de los que se nombran despreocupados.

Yo conozco algunos de estos señores que si diesen oídos á las voces de su corazón serían santos. No les falta para ello más que un paso, y un paso bien fácil de dar; pero son tímidos, la sonrisa de un mentecato, de un necio, les acobarda; la burla de una mujerzuela, enrojece su rostro y detiene los impulsos generosos de su alma y... ¿por qué no decirlo? y los deseos de su corazón, las más de las veces sediento del rico manantial de amor la Santa Eucaristía.

Santa Teresa, la doctora avilesa, lo ha dicho: entre mil confesores uno. Hay que buscarlo ¡almas tibias! avivaos, despertad de ese letargo en que vivís muriendo: ahí le tenéis, ¿no le oís? ¿no habéis conocido que Dios os llama por su voz? Animo; dejad al mundo que vocee en el desierto. Animo... adelante; pensad que de vuestra alma nadie cura, porque vosotros sois responsables de ella ante Dios y *nadie más*.

¡Ah, qué duros de corazón sois, hombres de bien! ¿qué hielo corre por vuestras venas? ¿qué alma tan muerta tenéis? ¿Es preciso haceros sentir el acicate del dolor para que deis señales de vida? ¿Es preciso ahorreros en un lecho, con las cadenas de las dolencias humanas, para que pidáis misericordia? ¿Qué fuerza de inercia tienen estas almas frías!

A este propósito he oído á una piadosa madre de

dos hijos condolerse en estos ó parecidos términos: «Mi hijo bueno será difícil que se convierta, es de alma fría y tibia; pero mi hijo malo se convertirá, es apasionado, tiene fe y ternura.» El bueno murió en el Señor, el malo está convertido. Dios sea bendito. Lágrimas de una madre no suelen ser estériles vertidas por amor de Dios.

Me dijo un sabio muy santificado en cierta ocasión y no lo puedo olvidar, *que el sacerdote es la sal de la tierra, y el que no se acerca á él se corrompe*, es decir, que él lleva á Dios.

Hombres de bien, yo os lo pido en nombre de Dios, practicad, acercaos á lo menos una vez al año al banquete cristiano, purificándoos antes en el santo tribunal de la Penitencia; acudid los días de precepto á oír la Santa Misa; veinticinco ó treinta minutos, cada ocho días dedicados al Señor, y con ello habréis cumplido con los deberes de cristiano, de católico y de buen español.

Vosotros, hijos de familia, no aflijáis á vuestras madres, pensad que sois la esperanza de la casa. Y vosotros, padres despreocupados ó indiferentes, no escandalicéis á vuestros hijos, no imprimáis en sus corazones, que están como la cera blanda, el sello de la impiedad; no sembréis en sus almas la triste semilla de *la nada*, mil veces más temible que el mismo infierno.

R. GARCÍA.

DE LA VENERACIÓN DE LAS RELIQUIAS



Las razones que hubieron de mover á la Iglesia á venerar y dar culto á las reliquias de los santos, si se quieren comprender bien, preciso es distinguir entre la disciplina y el dogma. Separar de los cadáveres de los santos parte de sus huesos, colocarlos en relicarios, exponerlos sobre los altares á la pública veneración, darlos á besar á los fieles, y llevarlos procesionalmente al compás de los cánticos sagrados, entre los melodiosos acordes de la música y el séquito brillante de las luminarias, cosas son todas estas que pertenecen á la disciplina; y si tan espléndidas demostraciones no se acostumbraban en los primeros siglos de la Iglesia, era porque además de reconcentrar toda su atención en dar á conocer el nombre inefable de Jesús, las persecuciones de los paganos no consentían las públicas y solemnes manifestaciones. Por lo demás, aquellos primitivos fieles tenían por lícita y piadosa la veneración de los cadáveres de los mártires, los cuales sepultaban en lugares ocultos, adonde secretamente iban á orar.

Después, habiendo cesado las persecuciones, empezaron á ponerlos debajo de los altares y á darles culto público, sin que ninguno de los Obispos, Padres y otros fieles en gran número, que habían vivido en los calamitosos tiempos antiguos creyera, después que se dió la paz á la Iglesia, que se hubiese introducido ninguna novedad en aquello que habían aprendido por la tradición.

Aseguran los protestantes, con un aplomo digno de mejor causa, que antes del siglo IV no se halla en los monumentos del cristianismo ningún vestigio de que se tributase culto alguno á las reliquias de los santos; y á la vez que esto afirman, no dudan en censurar á San Gregorio Taumaturgo, que murió hacia el año 270 por haber tolerado las prácticas de los paganos en las fiestas de los mártires; es decir, por haber permitido que se diera á éstos culto y veneración. Bastaba esta sola contradicción para probar la obcecación y mala fe con que proceden; porque si el culto de los santos no se introdujo, como dicen, hasta el siglo IV, ¿cómo vienen luego á confesar, por más que lo hagan en tono de reconvencción, que San Gregorio toleraba ya aquel culto á mediados del siglo III?

La más antigua reliquia que hubo jamás en el mundo fué la túnica de Abel, la cual, formada de pieles de cordero, colocó su padre Adán sobre la puerta de la primera tienda que hubo en el mundo. De esta túnica de Abel cuentan autores tan graves como Massio, in *Commentar. sup. Josue*; Aristóbulo, lib. 2.º *De mirabilibus populi Dei*, sect. 15; Clemente Alejandrino, lib. 1 *Stromatum*, y otros, que pasó en herencia de padres á hijos hasta Noé, que la tuvo consigo en el Arca, y después por una no interrumpida sucesión vino á parar á los demás Patriarcas hasta Jacob, quien la llevó á Egipto y la dejó á su hijo José, pasando luego de mano en mano hasta Moisés, que en la salida de la cautividad de Egipto la llevó juntamente con las reliquias del referido José y de los otros Patriarcas á la tierra de promisión. Tenemos, pues, que ya desde el principio del mundo se practica la veneración á las reliquias de los santos.

Y si la vara de Aarón se guardaba en el Tabernáculo de orden del mismo Dios, como lo leemos en el capítulo XVII del libro de los Números, y era tenida en gran veneración por los hijos de Israel, ¿quién podrá dudar de que los restos mortales de un santo ó otra cualquier reliquia merezcan los honores que el catolicismo les atribuye? Cuéntase en el libro IV, cap. 13, v. 21 de los Reyes, que habiendo llevado un cadáver al sepulcro de Eliseo y tocado sus huesos, al punto resucitó. La milagrosa resurrección de aquel difunto demuestra clarísimamente la virtud que tienen las reliquias de los santos para mover á Dios á que glorifique su memoria. Por esa razón en el elogio que el Eclesiástico hace de Eliseo se dice de éste que aun después de muerto profetizó su cuerpo, y que si en vida hizo prodigios, en la muerte obró maravillas.

San Juan dice en su Apocalipsis, cap. VI, v. 9, que vió debajo del altar las almas de los muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que dieron. Ciertamente este lugar donde vió San Juan las almas, es decir, los cuerpos como comunmente se entiende, de los santos mártires, es de tanta veneración, que para persuadirnos la mucha que Dios quiere tengamos á aquéllos, no es menester decir más. Por eso San Ambrosio, penetrado de la costumbre de la Iglesia, como hubiese escogido para sí el enterrarse debajo del altar, tan luego como descubrió los cuerpos de los santos Gervasio y Protasio, renunció á su pretensión, por parecerle que aquel lugar era debido á los restos mortales de los santos. Sepultura es ésta en verdad, propia de los mártires y amigos de Dios, para que los que sacrificaron su vida por Su Majestad estén allí donde cotidianamente se sacrifica el Cordero inmaculado.

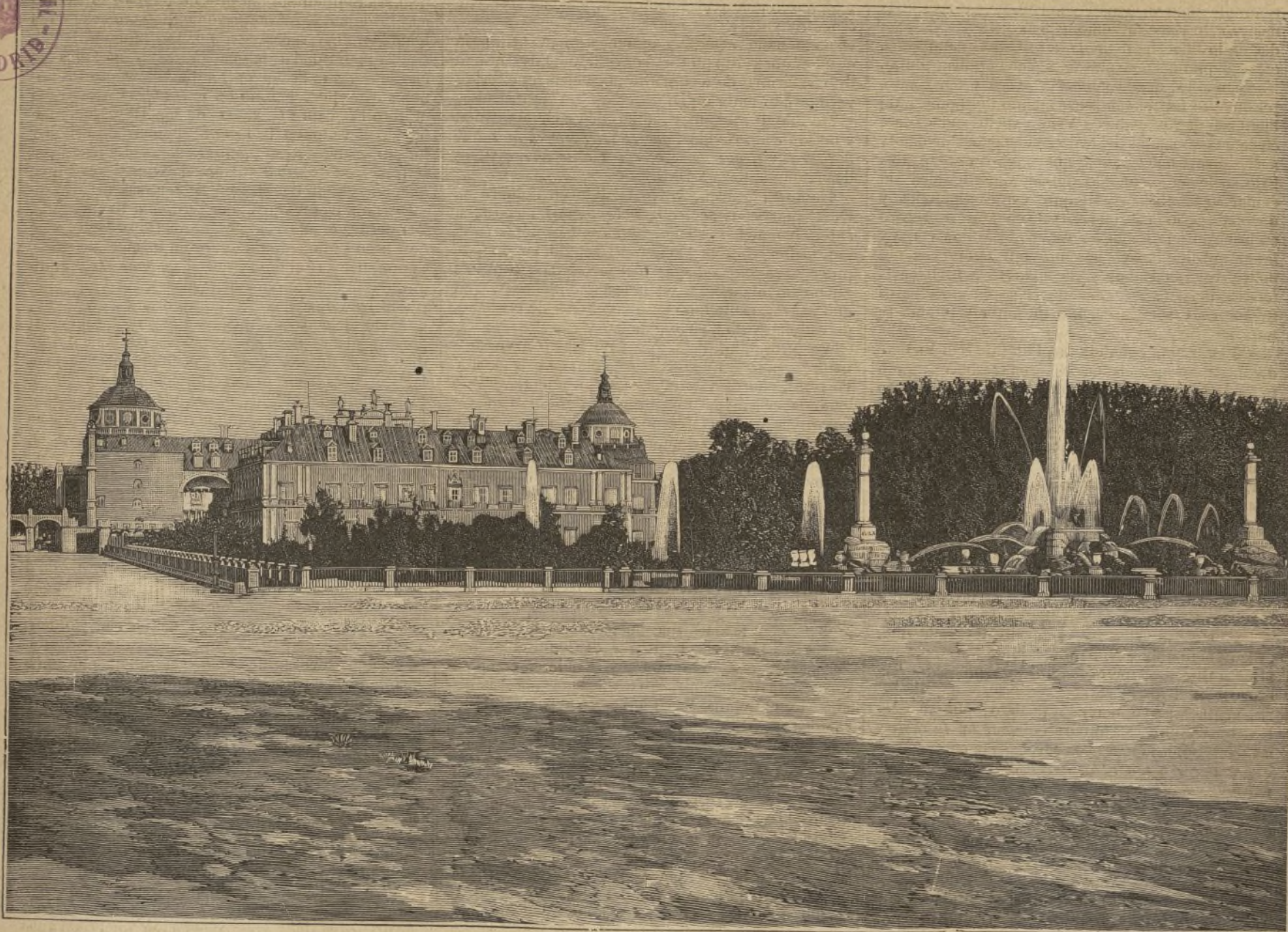
De aquí tuvo principio la ceremonia que se ha guardado siempre en la consagración de los altares, como consta del Concilio quinto de Cartago, donde se manda á los Obispos que en la mencionada consagración pongan reliquias de los santos. Y en el principio de la Misa, cuando el sacerdote, terminada la Confesión se llega al altar, dice esta oración: *Suplicámoste, Señor, por los merecimientos de los santos cuyas reliquias están aquí (las que besa por encima de los corporales), y de todos los demás, que me perdonen todos mis pecados.* ¡Si tendrán mérito estas reliquias en la presencia de Dios!

Vengamos ahora al testimonio de los santos Doctores. En el siglo primero, Abdías, lib. I, *Hist. Apost.*, habla de la gran veneración que daban especialmente á las reliquias de los Apóstoles San Pedro y Santo Tomás, y de los efectos maravillosos que de esto se seguían. San Dionisio Areopagita, del mismo siglo, en su libro *De Eccles. Hierach.*, cap. XII, dice que las reliquias de los santos desde el punto de su muerte eran tratadas con grande respeto y colocadas en lugares santos.

Juliano el Apóstata en sus libros contra los cristianos confiesa que antes de la muerte de San Juan ya se daba honor á los sepulcros de San Pedro y San Pablo, aunque en secreto. (San Cirilo, l. 1.º, pág. 327.) ¿Hubiera hecho esta confesión Juliano si no estuviera bien seguro de lo que decía y convenido además de la inutilidad de ocultarla?

En el siglo II, San Justino mártir in *responsionibus ad orthodoxos*, q. XXVIII, hace también grandes alabanzas de los cuerpos de los santos, de los sepulcros y de sus reliquias y de los estupendos milagros que Dios obraba por ellos. En las Actas del martirio de San Ignacio, que tuvo lugar el año 107, en el cap. VI, leemos: «Sólo nos quedaron los más duros de sus huesos, que fueron transportados á Antioquía, y reservados en una urna como un tesoro inestimable de la Santa Iglesia en consideración á este martirio.» En las Actas del martirio de San Policarpo del año 169, cap. XVII, se lee lo siguiente: «El enemigo infernal hizo los mayores esfuerzos para que no pudiésemos traer sus reliquias, por más que muchos desearan verificarlo y comunicar con su santo cuerpo. Sugirió, pues, á Nicetas que impidiese al Procónsul el que nos entregase su cuerpo para sepultarle, temiendo, dice, que los cristianos abandonen el Crucificado para honrar este mártir... No sabían que jamás podíamos dejar á Jesucristo, ni dar su honor á otro. Nosotros le adoramos como Hijo de Dios, y honramos con razón á los mártires como á sus discípulos é imitadores... Sin embargo, hemos podido coger sus huesos, más preciosos que el oro y la pedería, y los hemos colocado con la debida decencia...»

En el siglo III, San Cipriano, Epist. XXXVII, amonesta con palabras vivas y muy tiernas á sus presbíteros y diáconos que cuiden mucho de los cuerpos de los santos, y que los traten con la mayor veneración.



ARANJUEZ.

En el siglo iv, San Atanasio, en la vida que escribió de San Antonio Abad, refiere la singular devoción de los cristianos á las vestiduras de aquel Patriarca de los cenobitas. Y entre la multitud de sectas que se levantaron en este siglo, donatistas, novacianos, macedonianos, etc., si exceptuamos á Eunomio, no hubo un solo sectario que reclamase contra el culto de las reliquias. En el año 406, Vigiliancio se hizo eco de los clamores de Eunomio, y San Jerónimo y otros doctores para refutarle no sólo alegaron los testimonios de la Sagrada Escritura, sino también la práctica constante y universal de las diferentes Iglesias cristianas. Cuando Nestorio y Eutiques se separaron de la Iglesia en el siglo v, no censuraron esta práctica, y así todavía subsiste entre sus sectarios. (*Perpet. de la fe*, tom. v, lib. 7, cap. 4.) En el mismo siglo echaba en cara Fausto el maniqueo á San Agustín que los católicos habían sustituido el culto de los mártires al de los ídolos del paganismo, pero no pretendía sostener que era reciente este uso. ¿Qué contestan á todo esto los protestantes? ¿Se halla ó no en los monumentos del cristianismo algún vestigio de que se diera culto á las reliquias de los santos antes del siglo iv?

Vigiliancio argüía como nuestros protestantes que los católicos adoraban las reliquias de los santos mártires, y San Jerónimo le respondió: «Nosotros no servimos, ni adoramos las reliquias de los mártires, sino que las honramos con el fin de adorar al verdadero Dios de quien son mártires.» (*Epist. 37 ad Ripar.*)

Pero ¿para qué buscar nuevas pruebas, cuando las tenemos claras y terminantes en la Sagrada Escritura? En efecto, consta:

1.º Que el Salvador se mostró complacido de la veneración con que la Hemorroisa tocó la orla de su vestidura, como así se lo dió á entender diciéndola: «Ten confianza, hija; tu fe te ha salvado 1.»

2.º Era tanta la fe que los judíos de Jerusalén tenían en las virtudes de San Pedro, que dice el sagrado Texto, que sacaban los enfermos á las calles, y los ponían en las camillas y lechos, para que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocara á alguno de ellos y quedasen libres de sus dolencias 2.»

3.º Y por lo que hace á San Pablo, he aquí lo que dice el mismo Texto: «Hacia Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, tanto, que cuando los sudarios de su cuerpo y las fajas se aplicaban á los enfermos, los dejaban las enfermedades y salían los espíritus malignos 3.»

Pues si los Apóstoles, y aun el mismo Jesucristo aprueban la veneración y el culto de las reliquias de los santos, ¿puede decirse ser ésta una práctica supersticiosa é idolátrica?

FR. JOSÉ COLL.

LO QUE SE PINTA

Los que tenemos el sentimiento de las glorias nacionales estamos de enhorabuena con motivo de la próxima Exposición de Bellas Artes que á fines de Mayo ó principios de Junio ha de abrirse en el nuevo edificio que en las inmediaciones del Hipódromo acaba de levantar el ministerio de Fomento.

Las noticias que de Roma nos llegan, lo mismo que las de París y las de casi todas las provincias españolas, y en especial las que con nuestros propios ojos hemos adquirido en esta corte, nos garantizan la enhorabuena de que arriba hablamos.

Este certamen va á ser sin duda el más completo que ha visto la generación actual. El número de

cuadros, mayor que en ninguno de los anteriores; la calidad, tan buena como en el mejor.

Si subimos al taller de Joaquín Araujo, del ilustrado pintor que con tanto provecho estudia; nos encontramos con una escena de *El Infierno del Dante*, hecha á la manera de los inmortales pintores del siglo xvii, inmejorable de dibujo, carácter y expresiones. Aquellas figuras se retuercen en medio de sus tormentos, unas con el poderoso vigor del atleta, otras con el desfallecimiento de la decrepitud. Y una acuarela, copia de un fresco de Rafael, que es una verdadera maravilla, será presentada también por el mismo autor.

Pero vámonos de aquí, que aun no es tiempo de hablar detenidamente ni de los mencionados ni de otros de los cuadros de que al presente intentamos dar breve noticia, y pasemos á admirar á Germán Hernández, el pintor clásico por excelencia. *El alma según la tradición pagana* es una obra bellísima, llena de gracia en el dibujo y con más soltura de estilo que por lo general tienen sus creaciones, sin perder por eso nada de su sello y corrección. Lo mismo puede decirse del otro trabajo que expondrá el Sr. Hernández, *Medea*. Ambos dejarán á gran altura su ilustre nombre, igual que el de su hermano D. Víctor, que presenta una escena de *Fausto*.

Formando contraste con estos cuadros, por la encantadora sencillez del asunto, hallamos en el estudio de Parada un lienzo de género, que fuera de duda es el mejor que ha salido de los pinceles del joven catedrático de la Escuela Superior de Nobles Artes. Representa *La Tienda Asilo*, en un momento en que dos señoras de alta clase dan de comer en ella á una anciana mendiga con tres niños, mientras que el público abigarrado que de ordinario asiste á esos establecimientos llena los bancos y mesas que se alcanzan á ver. Está compuesto á maravilla; la ejecución es tan magistral, que dado lo correcto del dibujo, la riqueza de su colorido, su estilo, la expresión en fin de todo aquel hermoso

1 Mat. IX, 22.

1 Act. V, 15.

2 Act. XIX, 12.

conjunto de verdad, gracia y arte que el autor ha vaciado en metro y medio de tela, hacen de *La Tienda Asilo* un cuadro bellísimo y á la manera española de pura raza, y de los que más han de fijar la atención pública por su índole.

No abandonaremos el estudio de este maestro sin hacer mención de las obras de dos de sus discípulos: unos bodegones, de D. Antonino Lahoz, que de colorido son excelentes, y una nota de luz crepuscular en el campo, con tres figuras de tamaño natural, del Sr. Suárez Inclán, que denuncian un verdadero artista.

Pasando al taller de Gonzalvo, vemos entre otros un interior de la *Sala capitular de la Catedral de Toledo*, admirable de color y de una ejecución tan sobresaliente que con decir que nos parece el mejor interior de Gonzalvo queda dicho todo.

Arroyo pinta *La visita de Carlos V á Francisco I.* Este cuadro se distingue por lo bien dispuesto y la exactitud de dibujo.

Garnelo, un pintor que para nosotros no existía ayer y que ya hoy no podemos menos de conceptuar como uno de los de primera talla, concurre á la Exposición con *La muerte de Lucano*, que es la composición que nos le revela.

Cabrera, con su *Muerte de Sisara*, de ejecución correcta y buen colorido, hace un cuadro muy bello.

Se dice que Martínez Cubells ha terminado un gran lienzo histórico que, según los que lo han visto, será bastante á borrar el poco éxito que para su autor tuvo su última producción *Guzmán el Bueno*.

Américo presenta un cuadro de muchas dimensiones, notabilísimo de color y novedad. *El saco de Roma* será de los que con más justicia llamen la atención.

Enrique Esteban un cuadro excelente de la guerra de Africa, y Gerardo Meléndez otro asunto militar, *El héroe de la jornada*.

Muchos son los que se lanzan á asuntos importantes, hechos en gran tamaño; entre ellos deben elogiarse los siguientes:

Castigo de una vestal, de Ordóñez.

Destrución de Pompeya, de Luis García.

Entierro de Santa Leocadia, de Plá; cuadro bien dibujado y de excelente color.

Maese Pérez el Organista, de Balcorba.

Un cuadro de género, de Emilio Obón.

Una escena del Quijote, de Barroso.

Una figura, de López.

Poesía, de Lozano.

Una escena del Dante, de Maceda, es digno de encomio.

Un minuté, de Flores; llamará bastante la atención.

Otro *minuté*, de Florit y Arizcum; cuadro de reducidas dimensiones en el que sobresale una gran delicadeza de color y un concienzudo estudio de los trajes, muebles, adornos, y de la indumentaria toda de la época en que rigió los destinos de la moda Mad. Pompadour.

Un estudio, de Sánchez Santarén.

Dos grandes lienzos que hacen los hermanos Alvarez Dumont.

Y Pereda un asunto del género alemán.

Varios artistas, y por cierto de alta importancia, concurrirán á la Exposición con trabajos de menos pretensiones.

El distinguido pintor D. Francisco de Asís López,



FRAILE EN ORACIÓN.

(Cuadro de Zurbarán.)

Presidente de la Sociedad de Acuarelistas, presenta *Media figura desnuda*.

Luis Franco, cuadro de costumbres: *Hermanas de la Caridad*.

Algunos de la colonia extranjera, como Domingo, Casanova, Román Rivera y otros mandarán trabajos fuera de concurso.

Los paisajistas son muchos, y sus obras verdaderamente notables.

Casimiro Sainz, con esa admirable manera que tiene de ver el país, expone un cuadro tan bello como todos los suyos.

Graner, dando un paso de gigante en su carrera de artista, hace en gran tamaño un país que representa *Un arroyo del Escorial*, que es por la precisión del dibujo y pasmosa verdad de ejecución quizá el paisaje más importante del concurso.

Abades, aventajado discípulo de la Escuela de Pintura, *Una marina*, de grandes dimensiones.

Morera, dos *Marinas* y un *Paisaje*.

Esteban, pensionado en Roma, *Un país*, dentro de la manera académica, que demuestra adelanto.

Franco Cordero, Espinosa, Ramos Artal, Beruete y otros renombrados paisajistas concurren también con obras muy notables.

Monleón envía *Una marina histórica*, en que hace gala de sus estudios de indumentaria.

Gessa manda un lindísimo cuadro de frutas; Jiménez un lienzo de *Ovejas en el establo*, que es lo

más notable en el género de animales y que ha de ser indudablemente uno de los triunfos más completos que se alcancen en esta Exposición.

Regidor y Seiguer presentan obras del mismo género, de excelente color y ejecución franca.

Los escultores cumplen también como buenos, y se presentan en la palestra con muchas y buenas obras, entre las que hay algunas destinadas á obtener gran éxito. Entre ellas, D. Justo Gandarias termina en estos momentos una figura en mármol que representa *El amor y el interés*.

El elemento joven aparecerá con lucimiento si hemos de juzgar por la preciosa figura que el Sr. Amalio hace en *El vencedor del gallo* y el señor Simón en su estatua de *Catilina al salir del Senado*.

En resumen, la impresión que sacamos de todo lo que se ve y se oye sobre este certamen es la que al principio decimos: que será el más notable de los que hasta ahora se han celebrado en nuestra patria.

Como Dios no quiera hacer un milagro con los premios, análogo al del pan y los peces, ni el Jurado puede cumplir en conciencia su cometido ni hay medio de que la ovación corresponda dignamente á los merecimientos de una clase que en tan buen lugar la coloca.

J. SOLES EGUILAZ.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Conclusión.)

DESINFECCIÓN. — Al tratar de la ventilación hemos ya hablado de una de las ventajas colectivas, que consiste en la desinfección del aire á la salida de cada domicilio, por lo cual nos limitamos aquí á recordarla.

Incendios. — Veamos ahora cuál es una de las principales ventajas que ha de reportar al vecindario en general el caldeo propuesto: nos referimos

al peligro de incendios. Todos sabemos el afán con que los municipios de las grandes poblaciones procuran hacerse con el servicio más perfecto contra incendios, acosados como están por su repetición y fatales consecuencias. Pues bien: el servicio más completo contra incendios no es otro que *el evitarlos*; y sin pretender aplicar el remedio en absoluto, lo cual sería absurdo, intentémoslo por lo menos para la *inmensa mayoría* de los casos, y habremos hecho un verdadero servicio al vecindario, librado al Municipio de la lluvia de impropiedades que contra él se desata, y habremos salvado no pocas vidas.

Es incierto de todo punto el que un conducto de humo establecido en perfectas condiciones pueda ser causa de incendio, arda ó no arda el hollín. Basados en este principio tan exacto como humanitario, es por lo que, al hablar de los conductos de humo en nuestro nuevo sistema de calefacción, hemos adoptado para las chimeneas los *tubos de hierro fundido, con exclusión absoluta de los de barro y los de chapa*. Si á esto se agrega el aislarlos convenientemente de las maderas, bien puede asegurarse del modo más terminante que *con la chimenea económica no existe el riesgo de incendios*. Si se lleva en Madrid una estadística de los incendios y sus causas, con seguridad que lo menos el 70 por 100 proceden de los conductos de humo en las casas. Bien reciente tenemos el incendio de la estación vieja del Norte, causado por el tubo de una estufa. Bas-

tante económico hubiera resultado construyéndolo de plata y pagando 100 pesetas de jornal al que lo hubiera colocado bien, comparado con el valor del local, el de las valiosas mercancías que han desaparecido, y por último, la pérdida de la documentación de la Compañía, cuyos despojos hemos visto asomar entre los escombros. En este punto no hay economía justificada si acarrea peligro de siniestros; por esto, si el sistema actual, que nos tiene en continuo sobresalto, es sustituible por otro más seguro, parece lógico que no se mire tanto por algún mayor coste; y si todavía el nuevo sistema resultara realmente más económico en todos conceptos, no acertamos á comprender cuál será el motivo de oposición como no sea la inercia de la rutina.

Coste. — Hemos hablado del coste comparativo entre el sistema actual y el que proponemos; y sobre este punto habremos de hacer algunas consideraciones encaminadas á aclarar los hechos. Si aisladamente se comparan dos chimeneas de ambos sistemas, no admite la menor duda que la económica es más costosa de establecer que la antigua; pero si se mira en conjunto, teniendo en cuenta que la económica evita en absoluto los incendios por su causa, la cuestión varía por completo. Capitalícese, si no, lo que al año cuesta en Madrid la reparación de siniestros; divídase el capital que resulte entre el número de chimeneas que se establecen, y se verá si lo que toca á cada uno vale más ó menos que la diferencia de coste. Esto, prescindiendo de las muertes y lisiaduras que indudablemente se evitarían.

En el surtido del agua tenemos un ejemplo perfectamente aplicable al caso actual. Todos sabemos el afán de los vecinos por vivir en donde hay agua, á pesar de saber positivamente que la habitación renta más que si no la tuviera; pero como no admite duda que empleando el aguador habían de *gastar más y estarían peor servidos*, se resignan y prefieren pagar la diferencia de alquiler, por la sencilla razón de serles más económico y más cómodo. Llamemos al agua fuego, y preguntemos á los vecinos si se conforman en pagar 10 céntimos diarios de aumento de alquiler para economizarse 50 ó 100 y vivir en un abrigo que hoy desconocen en absoluto.

Nos falta todavía hablar del coste relativo bajo otro aspecto no despreciable. Nos referimos al número de chimeneas económicas que hacen falta para caldear perfectamente una casa, comparado con otro bastante mayor de las comunes, que se emplea para tener á las familias ateridas de frío y renegando. Si por lo menos (que es mucho más) una chimenea económica hace el efecto que dos de las comunes, en este caso ya no hay que comparar el coste de una chimenea con el de la otra, sino el de dos ordinarias con una económica, y entonces si hay alguna diferencia será despreciable. Demostrado como queda lo admisible del nuevo caldeo, aun con relación al coste de establecimiento, júzguese lo que ha de ir ganando en seguridad el vecindario á cada chimenea común que desaparezca.

Aprovechamiento del calor perdido. — Al tratar de los conductos de humo de la chimenea, dijimos que adoptábamos el directo por simplificar, aun á costa de no aprovechar el calórico todo lo que sería dable. El fundamento de tal propósito estriba en que, para que un procedimiento sea verdaderamente útil y práctico, lo primero que necesita es *ser sencillo*; y todo lo que fuera complicar la limpieza de tubos con vuelta dejaba de ser admisible en la chimenea para los usos del hogar doméstico. Es una verdad que «Lo mejor es enemigo de lo bueno.»

Partiendo del supuesto de que el tubo desde el hogar ha de subir directamente al tejado, desde la chimenea hasta el techo de la habitación, por más que los nervios del tubo nos aumenten la superficie de caldeo, no hay altura suficiente para que el aire tome del tubo todo el calor que puede dar el combustible quemado, y por lo tanto, hay que suponer sobre cada techo la existencia de una cantidad de calórico perdida para su dueño, y perfectamente aprovechable para los vecinos superiores. Si al vecino de la chimenea en cuestión le es enteramente igual que el calor superior se pierda en el macizo del muro ó lo aproveche otro, no hay razón alguna para dejarlo de aprovechar; del mismo modo que no nos preocupa la existencia del comercio de trapería, que sólo vive con lo que por inútil arrojamos, y por muy valioso lo recogen los demás que viven por ese medio.

Sentado, pues, que el tambor calorífero de cada chimenea para caldear el aire de la habitación, no sólo calienta su tubo, sino el de los vecinos superiores, júzguese el beneficio que se recibe en pro de la economía general, y sin aumento de gasto para ningún otro. Es muy posible que alguna de las chimeneas superiores deje de funcionar con gran contento del vecino, que encuentra sufriendamente

caldeada su habitación con el calor recibido de las inferiores.

Fáltanos explicar ahora, por más que ya lo tratamos al hablar de la estufa económica, por qué dijimos al principio que algunas familias, á quienes hoy es penoso el sostenimiento del brasero, *disfrutarían del calorífero sin gasto alguno*. Esto es evidente refiriéndonos á los sotabancos, por donde ha de continuar el tambor, y en donde igualmente puede aprovecharse su efecto caldeador sin gasto alguno para aquel vecino; y si el tambor pertenece á pared divisoria, fácil es, dividiéndolo en dos verticalmente, que sirva perfectamente á dos vecinos.

Aparte de la economía que reportará el caldeo gratuito que acabamos de citar, tiene además otra ventaja no despreciable, y que consiste en la supresión del brasero, cuyos fatales efectos de todos son conocidos y de nadie ignoradas las muchas víctimas que ha causado.

CHIMENEA ECONÓMICA DE LUJO.

Al tratar de la chimenea de lujo tenemos que distinguir dos casos: el uno es cuando se gaste carbón de piedra, sea hulla ó cok, y el segundo, cuando no haya más combustible que la leña gruesa.

En el primer caso, sólo se diferenciará de la chimenea económica en que el hogar carecerá de puertecillas para que el fuego se vea; y como entonces el aire de la habitación penetrará también con los humos, como ocurre en las comunes, el calor que ofrezcan los tubos caldeadores será bastante menor que en la económica. Esto hay que tenerlo muy en cuenta, si, como es natural, se coloca en la sala para disponer otra chimenea ó estufa en lo interior de la casa, á donde no pueda alcanzar la de lujo por su efecto cercenado.

Siendo leña el combustible, varía la forma del hogar, que será de todos modos de hierro fundido, provisto de sus nervios posteriores para aumentar la superficie de calefacción.

Queda con esto descrito el nuevo sistema de caldeo uniforme y económico del hogar doméstico, sin habernos detenido en detalles de construcción, por cuanto pertenecen á un segundo tratado que habria de redactarse, limitándonos con lo dicho á dar una idea exacta del sistema y de las ventajas de su aplicación en nuestras moradas.

ANTONIO MONTENEGRO.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

CAPÍTULO III

LA RELACIÓN DE ANDRÉS.

El sol acababa de esconderse tras las empinadas crestas del monte Hermon, dejando envueltas, á las doce tribus de Israel, en esa media luz, llamada crepúsculo vespertino, tan suave, tan dulce, tan melancólica, y tan agradable á la par para los corazones sensibles.

A esta hora precisamente se presentaba Simón á la puerta de casa de Julias, y después del saludo de costumbre, dirigido al anciano, y á su hermana Betsabé, que al parecer le estaba esperando, les dijo:

— Tal vez he llegado tarde, y os haya hecho esperar.

— Puntual has sido; toda vez que aun no se ha extinguido la luz del día, repuso Julias.

— Apuesto á que Betsabé no es de la misma opinión.

— Si lo dices porque me supones impaciente por salir á esperar á mi esposo, razón tienes, hermano, exclamó Betsabé; pero mi impaciencia no es bastante motivo para acusarte de perezoso.

— Pero ha dado motivo, hermana mía, para que yo corrobore, una vez más, la opinión de discreta que de tí tengo formada.

— ¡Bah! Nuestro mutuo cariño nos hace aparecer á nuestros propios ojos mejores de lo que somos. Vamos, vamos á esperar al pobre Andrés.

— Dispuesta estoy, padre mío.

— Vamos, pues.

— Vamos, añadió Simón; y los tres se pusieron en marcha en dirección á la salida de la ciudad, camino de Cafarnaum.

Cuando llegaron al sitio convenido, es decir, cerca de los peñascos, donde la noche anterior se había escondido Zabulón, era ya de noche. El anciano tomó asiento en uno de ellos, y Betsabé, que no podía disimular su impaciencia, dijo á Simón:

— Hermano, tú tienes buena vista, ¿no es verdad?

— Excelente, gracias á Dios, repuso Simón.

— Pues yo sospecho que la mía debe ser mejor que la tuya, y si quieres probarlo, apostemos cualquier cosa á que soy yo la que descubre primero á mi esposo en el camino.

— Apuesta singular, dijo Julias, y en la que es muy posible perdáis los dos.

— ¿Por qué? exclamó Simón.

— Porque dada la oscuridad que nos rodea, no podréis verle hasta que se encuentre á vuestro lado.

— Y aunque así fuera, siempre deberá ser uno de los dos el que primero le vea, repuso Betsabé.

— Acepto, acepto la apuesta, exclamó Simón; y sea ésta un cabritillo blanco, para inmolarlo en la próxima fiesta de los ácidos.

— Convenido, y demos principio á nuestra observación.

— Un momento, dijo Julias. También yo entro en la apuesta.

— Bien, bien; exclamaron Simón y Betsabé, riendo.

— ¿Aceptáis?

— Aceptamos.

— Corriente. Cada cual que elija su punto de observación. Elige tú primero, Betsabé.

— Yo, sobre aquella peña; dijo la joven dirigiéndose á una, cercana al lugar en que se encontraban.

— Y yo sobre aquella otra, exclamó Simón.

— Pues yo, sin moverme del sitio, espero ganar la apuesta; y esto diciendo, se tendió cuan largo era y aplicó el oído en el suelo.

Simón y Betsabé celebraron la ocurrencia del anciano, creyendo trataba de darles una broma, y se pusieron á observar el camino con el mayor cuidado.

Así permanecieron más de media hora, sin que ni uno ni otro dieran señales de haber descubierto al que con tanta ansia esperaban. Ya iba desapareciendo el buen humor y dando lugar á la zozobra, cuando llegó á sus oídos la vez del anciano que decía:

— He ganado. Ya está ahí Andrés.

— ¿Cómo, si nada se ve? exclamó Betsabé.

— En efecto, yo nada descubro, añadió Simón.

— Y sin embargo ahí está Andrés; repuso el anciano levantándose del suelo y avanzando por el camino. ¿Aun no le veis?

— Sí.

— Sí, dijeron casi simultáneamente Simón y Betsabé, y la última corrió como una cervatilla al encuentro de su esposo.

Julias no se había engañado. Verdaderamente no había visto á Andrés; pero puesto el oído en tierra había percibido sus pasos á larga distancia, y dado la voz de alarma, apareciendo victorioso á los ojos de ambos jóvenes.

— Andrés correspondió á las muestras de cariño de su esposa, pero sin gran entusiasmo; abrazó y dió el ósculo de paz al anciano y á Simón su hermano; pero sin aquella alegría, sin aquella expansión que era de esperar.

Los que con tanto afán le examinaban observaron en él cierta tristeza, cierta gravedad impropia de su carácter; pero lo atribuyeron al cansancio.

— ¿Vienes malo? le preguntó Betsabé.

— No, esposa mía; mi salud no se halla resentida en lo más mínimo.

— ¿Ha sido feliz el viaje? preguntóle á su vez Julias.

— Muy feliz; en extremo feliz.

— Opuso alguna dificultad el Pretor en entregarte... — le dijo Simón.

— Traigo conmigo los quinientos talentos.

— ¿Y nada te ha ocurrido de notable? Insistió Betsabé, que no dejó de observar algo extraño, algo que no podía explicarse, en la actitud de su esposo.

— ¡Oh! sí, sí. Me han ocurrido muchas, muchísimas cosas. He visto y oído... Pero venid, venid; vamos á nuestra casa y os contaré...

Julias, Simón y Betsabé se miraron unos á otros, como queriendo adivinar en el otro la impresión que á cada uno le causaban las palabras de Andrés.

Los cuatro se encaminaron á casa, y una vez en ella, Andrés depositó en poder de Julias una bolsa repleta de monedas de plata y oro, diciéndole:

— Aquí tienes, padre mío, el fruto de tus ahorros, que por misericordia de Dios te han sido devueltos.

— Escaso, muy escaso valor tienen el oro y la plata, hijo mío, cuando no se puede adquirir con ellos la paz del alma. Guarda esas monedas, que vuestras son, y guárdalas con entera confianza, porque constituyen el producto de mi honrado trabajo, y la economía de mi buena esposa.

Andrés dió un ósculo al anciano en la frente y tomando la bolsa con el dinero, la entregó á Betsabé.

— Ya sabes, Simón, dijo el anciano, que somos

poseedores de quinientos talentos, y siéndolo nosotros, dicho se está que también son tuyos, y de ellos puedes disponer como fuere de tu agrado.

— Bien está cada cual con su pobreza, anciano. Te agradezco la oferta, y quiera Dios que no llegue á acordarme nunca de que me la hiciste. Pero estoy impaciente porque nos diga Andrés que es lo que ha visto y oído, que tanto le ha preocupado.

— Sí, sí, exclamó Julias. Cuéntanos las peripecias de tu corto viaje.

Betsabé no dijo una palabra; ocupada en preparar la cena á su esposo, parecía que no fijaba su atención en otra cosa, pero en realidad, no perdía de vista á Andrés, cuya actitud la tenía en extremo alarmada.

Andrés, después de haber entregado á Betsabé la bolsa que contenía los quinientos talentos, se había quedado de pie, en medio de la habitación, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, la vista fija en el suelo y tan completamente abstraído que hasta parecía haber olvidado cuanto tenía lugar en torno suyo.

Simón llamó la atención de Julias hacia su hermano, y acercándose á éste le tocó en el hombro diciéndole:

— Andrés, ¿qué te pasa, hermano mío? Tú no estás en tu estado normal. A ti te ha sucedido algo. Mira aquí á tu padre, á tu esposa, á tu hermano, cuidadosos é impacientes por conocer la causa de tu estado. Habla, hermano mío, habla y que tus palabras disipen la zozobra en que estamos. Betsabé fijó sus grandes ojos, preñados de lágrimas, en Andrés, y esperó en actitud anhelante á que hablara.

Por fin Andrés, dejando vagar por sus labios una apacible sonrisa, contestó:

— Siento haber dado motivo á vuestra zozobra; pero os habéis alarmado sin fundamento. Nada malo me ha acontecido, ya lo veis. He desempeñado mi comisión con la mayor felicidad, y aquí me tenéis de regreso á vuestro lado. Sin embargo, no quiero ocultároslo; he tenido un encuentro en el camino, que no se borraré jamás de mi memoria; he visto, he oído palabras de boca de un Hombre, de un profeta; pero no, aquel Hombre es más que un profeta, es más que un hombre, es... Yo no acierto á explicaros lo que es aquel Hombre, y quizá no pueda tampoco daros una idea de la impresión que sus palabras han producido en mi ánimo, pero procuraré hacerlo.

Julias, Simón y Betsabé rodearon á Andrés, y no creemos exagerado asegurar que los tres estaban pendientes de las palabras del joven. Andrés continuó, dando á su acento la mayor solemnidad:

— Ayer noche, cuando me separé de vosotros, emprendí el camino de Cafarnaum, si no alegre, porque no podía estarlo separado de vosotros feliz y dichoso con la esperanza del próximo regreso. Poco me importa, decía, que me entreguen ó no los quinientos talentos; el dinero no proporciona la felicidad, y si el tener una conciencia tranquila; yo soy feliz con haber evitado que mi bueno y anciano padre Julias hiciera este viaje, aunque corto, penoso para sus años. Embebido en estas reflexiones, caminaba rápidamente en dirección á Cafarnaum, cuando al llegar cerca del barranco, á unos quinientos pasos del camino, que desde Bethulia empalma con el nuestro, oí confuso rumor de pasos y murmullo de voces, como de tropa de viajeros que se acefaba. Paréme un momento, y á los pocos instantes, á medida que los viajeros se iban acercando al lugar donde yo me encontraba..... Os suplico que no lo toméis por alucinación de mis sentidos, ni perturbación mental. Yo me encontraba, sin género alguno de duda, en el pleno goce de todas mis facultades, ni más ni menos que como me encuentro ahora que os lo refiero.

Julias, Simón y Betsabé se miraban unos á otros y miraban á Andrés, de cuya relación no perdían ni una palabra. Andrés continuó:

— Vi que todos cuantos objetos me rodeaban, sumidos hasta entonces en la oscuridad de la noche, iban adquiriendo un tinte luminoso, como si un rayo de sol, traspasando la bóveda celeste, los hubiera iluminado de repente; pero aquella luz no se parecía á la del sol, era más bella, más agradable y ofendía menos. Yo me quedé atónito, y sin saber lo que me pasaba, cuando de repente hirió mis oídos una voz dulcísima cuyo timbre no tiene parecido en lo humano, cuya dulzura conmueve todas las fibras de nuestro corazón, que pronunciaba palabras de verdad y de justicia, y que exhortaba á la penitencia, para alcanzar el reino de los cielos que aseguraba próximo. Una turba de gentes le seguía, y yo me uní á aquella turba y le seguí también. Se dirigía á Cafarnaum, y hasta Cafarnaum fué; si al fin del mundo hubiera ido, allí le siguiera, sin acordarme de nada: ante aquel Portento todo se olvidaba para no pensar más que en Él, á nadie se oye para oír á Él, y ningún

objeto puede mirarse porque nunca te sientes fatigado de mirarle á Él.

Las palabras de Andrés atraían poderosamente la atención de sus oyentes, cuya actitud no podía ser más interesante. Los tres participaban del entusiasmo del narrador, y era tal su anhelo por saber el fin de tan peregrino relato que suspendían la respiración, y cada instante se aproximaban más, estrechando el espacio que de aquel les separaba, hasta formar el grupo más encantador que imaginarse pueda. Andrés prosiguió:

— A la entrada de Cafarnaum, no puedo decir con exactitud lo que pasó por mí. Obedeciendo á un impulso interior, pero irresistible, caí de rodillas y oré. No puedo deciros el tiempo que permanecí en aquella actitud. Sólo si os diré que Zabulón, me obligó á salir de aquel estado, tocándome en el hombro.

— ¡Zabulón! Esclamaron los tres á un tiempo.

— Zabulón, sí, repuso Andrés; pero no el Zabulón que conocisteis antes, sino el Zabulón regenerado y arrepentido, pidiéndome perdón de sus faltas para conmigo. Dijome que me había seguido para matarme; pero que después de haber oído la palabra de aquel Hombre, de aquel Profeta, ya no pensaba más que en hacer penitencia para alcanzar el reino de Dios.

— Andrés, hermano mío, díjole Simón. Tus palabras tienen el acento de la verdad, y esto lo digo yo que casi te he visto nacer, y sé y me consta que la mentira no ensució jamás tus labios. Pero es tan extraordinario lo que nos cuentas, que parece un sueño.

— No es un sueño lo que refieren mis labios, ni tiene nada de ficción lo que acabáis de oír. Verdadero es el relato que os hago. Conmovido me hallaba, pero no alucinado, abstraído, concentrado en mí mismo á presencia de tal maravilla, pero en el completo uso de mi razón. A Zabulón le debo que me sacara de aquella especie de éxtasis, recordándome el objeto de mi viaje y hablándome de vosotros.

— Continúa, Andrés, continúa tu relato, dijo Julias.

— Ya poco resta. El Hombre extraordinario había desaparecido. Zabulón se despidió de mí, con un fuerte abrazo y derramando abundantes lágrimas y yo me encaminé á casa del Pretor, presenté el papiro, se me hizo entrega de los quinientos talentos, emprendí mi regreso, y aquí me tenéis.

— Lo que nos acabas de referir, hijo mío, es verdaderamente extraordinario, y ha despertado en mí el deseo de oír á ese Hombre. Si es un ser real, como tú dices, y yo no dudo, su presencia por estas tierras no puede ser un secreto. Estemos á la mira; enterémonos del camino que sigue, del lugar donde se encuentra, y vayamos todos á oír su palabra.

— Eso mismo os iba á proponer, exclamó Simón. Sepamos donde se encuentra y vayamos.

— Sí, repuso Julias. La entrega de los quinientos talentos nos coloca en situación de poder soportar algunos gastos que de otra suerte no hubiéramos podido hacer. Iremos á ver á ese hombre y á oír su palabra.

— ¿Supongo que no dejaréis en casa á vuestra hija? dijo Betsabé.

— De ningún modo, á no ser que Andrés prefiera quedarse.

— Desde el uno al otro confín del mundo irá Andrés por volverle á ver y escuchar su palabra.

— En ese caso, no hay más que hablar; retirémonos que ya es tarde, y cada cual de por sí que haga cuanto le sea posible por indagar el paradero de ese hombre.

Todos lo prometieron, y transcurridos breves momentos, Simón se despidió de la familia que no tardó en recogerse.

CAPÍTULO IV

LOS PESCADORES DE HOMBRES.

Grande fué la impresión que produjo en el ánimo de Julias y de su hija Betsabé la relación de Andrés, pero mayor, mucho mayor la experimentó Simón.

Desde que se separó de su hermano, ya no le fué posible pensar en otra cosa, porque á Simón no le cabía duda de ningún género de que cuanto había referido Andrés era la misma verdad; así que la aparición de aquel Hombre extraordinario, cuyo retrato había procurado bosquejar aquél á grandes rasgos, le tenía maravillado, llegando su preocupación hasta el punto de no haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando los primeros rayos del sol principiaron á dorar las montañas de Judea, Simón abandonó el lecho y se dirigió á casa de su hermano.

Al primero que encontró en ella fué al anciano Julias, que madrugador por costumbre, acababa de

hacer su oración matinal, y se disponía á salir de casa.

Al ver á Simón, le dijo:

— ¿Qué novedad le ha ocurrido al bueno de Simón, que tan de mañana visita nuestra casa, que también es la suya?

— Novedad, ninguna, anciano. Dí más bien que no me hallo satisfecho en parte alguna, desde que he oído lo que nos dijo anoche mi hermano. Y voy á decirte con franqueza, que ardo en deseos de ver á ese Hombre y de oír su palabra, y hasta que no lo consiga, pareceme que no habrá paz para mi espíritu.

— También experimento yo algo parecido, Simón; deseo con toda mi alma ver y oír á ese Hombre.

— No he podido sosegar en toda la noche, pensando en lo mismo; y no es otra la causa de haber venido tan temprano. Quiero que Andrés me repita de nuevo, palabra por palabra, las que ha oído, quiero que me vuelva á referir lo que ha visto. ¿Pero dónde está Andrés?

— Hélo aquí, repuso el anciano, que en aquel momento lo acababa de ver bajando la escalera.

En efecto; Andrés, y tras éste Betsabé, se presentaron á la vista de Julias y de Simón, llevando reflejado en su semblante el gozo más completo, la más expansiva alegría; pero no esa alegría bulliciosa nacida de la satisfacción de placeres mundanales, sino el gozo, el deleite que proporciona la satisfacción de haber practicado una acción que creían meritoria á los ojos de Dios; el placer místico, que produce en la conciencia del justo, el triunfo de la virtud.

¿Qué es lo que había dado origen á aquel estado de ánimo en que se encontraban ambos esposos? Para conocerlo será preciso que retrocedamos algunas horas; al momento en que Simón se fué de la casa de Julias la noche antes, y el anciano se retiró á su dormitorio.

Andrés y Betsabé quedaron solos.

— Escucha, Betsabé, le dijo Andrés. ¿Tú crees en mi cariño?

— Pregunta es esa que no se me hubiera ocurrido dirigirte nunca; porque desde que te conozco, no me diste motivo para ponerlo en duda.

— De suerte que tú estás convencida de que tu esposo te ama de todo corazón.

— ¿Cómo no estarlo?

— ¿En términos que no atribuirás á falta de amor las palabras que voy á dirigirte, por raras y extrañas que te parezcan?

— Te creo bueno, Andrés; te creo justo y honrado y tengo la seguridad que tus palabras no podrán encerrar ofensa para mí.

— Bendita seas, Betsabé. Digna eres de escuchar lo que voy á decirte, y ya no vacilo en proponerte aquello que nos ha de elevar al colmo de nuestra felicidad.

— Habla, Andrés, habla, que tu esposa espera con impaciencia.

— Si tú hubieras oído lo que decía aquel Hombre que encontré en el camino de Cafarnaum, te sería mucho más fácil comprender lo que voy á decirte; pero no habiéndole oído, quizá te parezca extraño.

— No importa, Andrés: habla sin rodeos; habla con la sencillez que te es característica, que hablando así, no ha de serme difícil comprenderte.

— Pues bien, escucha Betsabé. ¿Tú crees en Dios, en el verdadero Dios; en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

— Desde que mi lengua infantil principió á balbucear las primeras palabras, fueron éstas para alabar á Dios, y desde que principié á tener uso de razón, mis padres procuraron instruirme en su santa ley; no creo haber faltado de una manera grave á ninguno de sus preceptos.

— ¿Y crees que dentro de este cuerpo, compuesto de materia perecedera, hay un alma que no perece nunca, y que es la destinada á recibir el premio ó castigo á que se haya hecho acreedora?

— Creo en el premio ó castigo, según nuestros merecimientos, porque si dejara de creer, sería lo mismo que negar la justicia de Dios.

— ¿Cuánto bien me causan tus palabras, Betsabé!

— ¿Y por qué, esposo mío? Lo que yo te digo, lo diría cualquiera. Pregunta á todas las hijas de Israel y todas te contestarán lo mismo.

— Pluguiera á Dios que fuera verdad lo que tú dices; no se encontraría nuestro pueblo esclavo de los romanos, en castigo de su prevaricación; no hubieran venido los extranjeritos á imponernos su inicua ley; no veríamos á esos paganos arrojando de nuestros templos el Arca Santa para colocar á sus inmundos dioses; pero hoy vemos todo eso, y quizá vengan días de mayor tribulación, porque grandes son nuestras culpas, y grande ha de ser la expiación. Yo no sé, Betsabé, lo que siento dentro

de mí; y porque te amo quisiera comunicarte mi espíritu. Te confieso en verdad que estaba dormido y desde que oí las palabras de aquel Hombre, parece que he despertado, que una nueva luz alumbra mi inteligencia, y veo las cosas de distinto color, y las aprecio con criterio diferente. En una palabra, Betsabé, yo estaba en las tinieblas de la noche, y de repente he visto la claridad del día. Somos un pueblo envilecido, y es preciso hacer algo por nuestra regeneración. Vivimos en pecado, y es preciso librarnos de su odioso yugo. ¿Qué debemos hacer para conseguirlo? Aquel Hombre lo ha dicho: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos*. ¿Tú quieres, Betsabé, que nos hagamos dignos de alcanzar ese reino, por medio de la penitencia? ¿Cuán corta y pasajera es nuestra vida corporal! ¿Cuán larga la vida del espíritu! Nuestra unión en la tierra es sólo de días y está sujeta a mil contrariedades; nuestra unión en el cielo puede ser eterna y la dicha sin fin. Estamos a tiempo de escoger.

— Basta: no prosigas, Andrés. Si después de lo que has hablado no te comprendiera, sería indigna de tí. Tu esposa soy, y no quiero cambiar este título por nada del mundo; pero si hay una vida mejor, que pueda aparecer más agradable a los ojos de Dios, practiquemos esa vida, aunque nos cueste algún sacrificio; porque cuanto mayor ese sacrificio fuera, mayor habría de ser nuestro mérito para con Dios, y por consiguiente, mayor también nuestra recompensa.

— Bendita seas, Betsabé; bendita seas. Dios sin duda ha tocado tu corazón, porque tus palabras han llenado el mío de alegría. Escucha, Betsabé; se preparan grandes acontecimientos, que yo no acierto a explicarte; pero que los preveo ya cercanos. La aparición de aquel Hombre en el camino de Cafarnaüm es un prodigio. Si otro me hubiera referido lo que yo ví con mis propios ojos, y oí con mis propios oídos, lo hubiera tomado por alucinación de sus sentidos; pero yo puedo asegurarte que no hubo en mí alucinación. Ví y oí, como te veo y oigo a tí; y a pesar del tiempo transcurrido, aun me parece que oigo y veo, y ardo en deseos de volver á ver y de volver á oír. Si no es Dios mismo aquel Hombre, es un enviado de Dios, y nosotros, hijos de Dios, debemos dejarlo todo, abandonarlo todo, para acudir al llamamiento de nuestro Padre celestial. Ahora bien, esposa mía: ¿encuentras dentro de tí la fortaleza suficiente para romper todos los lazos que te unen á este mundo, y acudir al llamamiento de Dios?

— Sí, Andrés, la tengo; tengo toda esa fortaleza que acabas tú de comunicarme, porque has sabido infundir en mi corazón la fe. Tengo fe en tus palabras, porque las considero palabras de verdad. Seamos, pues, de Dios, y quedemos desde hoy con entera libertad para acudir al llamamiento de Dios.

— Medita bien lo que me dices, Betsabé, no sea que te arrepientas más tarde. Pueden venir tribulaciones; puedes verte perseguida; puedes encontrarte reducida á la última miseria; puedes morir quizá por mano del verdugo.

— ¿Qué importa? ¿No somos hijos de Dios? Pues bien; nuestro Padre celestial velará por sus hijos, y nos dará fuerzas para sufrir las persecuciones de los hombres.

— ¡Oh! Bendita seas, Betsabé. Seas mil veces bendita. Tus palabras son hijas de la fe de que está poseído tu espíritu, y me hacen pronosticar para tí un mundo de felicidades no conocidas, llegando al propio tiempo el mío de dulzuras celestiales. Desde este momento consagremos á Dios todos nuestros actos, así como todos nuestros pensamientos: permanezcamos unidos en espíritu, y Dios, que penetra nuestras intenciones, apreciará su rectitud.

— Así sea, Andrés; y no creas que hago con ello un gran mérito, ni tengo por penoso mi sacrificio; otros sacrificios quisiera yo hacer que me fueran verdaderamente penosos.

— Te he dicho que presiento días de tribulación. Quizá no tarde en presentarse la ocasión, y para entonces será preciso tener fortaleza.

— La tendré, si Dios no me abandona.

— Obliguémosle con nuestras oraciones.

— Sí, sí; oremos, oremos.

Andrés y Betsabé, pasaron orando la mayor parte de la noche, y á la mañana siguiente se presentaron ante su padre Julías y su hermano Simón, con la sonrisa en los labios y llena su alma de felicidad.

— Aquí tienes á Simón, tu hermano, que desea hablarte, dijo Julías á Andrés.

— La paz sea contigo, Simón. ¿Qué quieres de tu hermano?

— Preocupado salí anoche de esta casa, y en toda ella no he podido conciliar el sueño, pensando en la relación que nos hiciste. He estado esperando el nuevo día con afán, porque quería oír de tus labios

la confirmación de aquel relato, ó la rectificación en caso contrario.

— Nada tengo que rectificar, hermano; antes bien confirmo lo que os dije, esperando que le daréis entero crédito.

— No he puesto en duda tus palabras; pero quisiera exigir de tí un servicio.

— Dalo por hecho, hermano mío.

— Tú eres amigo de Juan, el hijo de Zacarías.

— Me honro con su amistad, bien lo sabes.

— ¿Por qué no vas á consultarle el caso, y sabremos su autorizada opinión?

— Iré; ó mejor dicho, voy ahora mismo. Juan debe encontrarse cerca de aquí, en las márgenes del Jordán, camino de Bethania; al medio día puedo estar ya de vuelta.

— Mientras, yo prepararé las redes.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

CIRCULAR DEL ILMO. SR. VICARIO CAPITULAR DEL ARZOBISPADO DE SEVILLA, PUBLICANDO LA FORMACIÓN DE LA JUNTA DE SEÑORAS PARA EL JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII.

La proximidad de las *Bodas de Oro* de Su Santidad el Papa León XIII ha producido extraordinaria animación en todas las Diócesis del orbe católico. Por doquiera se organizan Juntas, agítanse las asociaciones piadosas, se conmueven todos los centros de actividad religiosa, y hasta la pacífica morada de la familia cristiana participa del inusitado movimiento que ha comunicado á toda la Iglesia el anuncio de la gran solemnidad pontificia. La piedad del pueblo fiel no ha necesitado de la voz de sus pastores para dilatar el corazón en santas expansiones de entusiasmo por la Cátedra de Pedro con tan fausto motivo; y si los Rvds. Obispos han dirigido á sus diócesanos sentidas pastorales ó fervorosas exhortaciones, no tanto ha sido para avivar en ellos los sentimientos de adhesión al Sumo Pontífice, de que se hallaban poseídos, cuanto más bien para dar á los trabajos de todos una dirección común, y hacer que estas demostraciones de amor al Pontificado lleven el sello de la unidad que debe caracterizar á toda obra cristiana.

No otro ha sido el fin que se propuso el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis, en cuya ausencia tengo la inmerecida honra de gobernarla, estableciendo la Junta Diocesana compuesta de distinguidos miembros eclesiásticos y seglares, con el objeto de promover una colecta extraordinaria en esta capital y entender en todo cuanto se refiera á la Exposición Vaticana que se proyecta para celebrar el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Pontífice reinante.

Faltaba, sin embargo, aplicar á tan laudable empresa un elemento poderoso y eficazísimo, que es en nuestros aciagos días el núcleo de las fuerzas vivas de la piedad cristiana, la valerosa y escogida falange dispuesta siempre á secundar toda iniciativa generosa y todo pensamiento consagrado á las glorias de la Religión y á los intereses del pueblo católico. Y era tanto más conveniente la honrosa participación de las señoras católicas en este homenaje de nuestro siglo al Pontificado, cuanto que acaso ninguna ocasión se les ha de ofrecer tan oportuna como la presente, para dar un testimonio público y solemne de su gratitud por los inmensos beneficios que en el curso de la historia ha dispensado á la hija, á la esposa y á la madre la altísima institución que representa el Sumo Pontífice León XIII. El referirlos sería hacer injuria á la ilustrada piedad de tan distinguidas damas; el ponderarlos sería ofender á los nobilísimos sentimientos de gratitud, de que siempre han dado relevantes pruebas, con su filial devoción á la Cátedra Romana.

Entendiéndolo así nuestro Emmo. Prelado invitó á varias señoras, ilustres no menos por su religiosidad que por su nobleza, para una reunión que bajo la presidencia del mismo Sr. Emmo. se celebró en su Palacio pocos días antes de su viaje á la Ciudad Eterna: allí les dirigió su autorizada palabra y dispuso la formación de una Junta para dar impulso y trabajar con incansable celo en esta cruzada de oraciones, limosnas y donativos que se prepara en honor del Padre común de los fieles. Acogidas las indicaciones del Emmo. Sr. Cardenal con el afectuoso respeto y piadoso entusiasmo que siempre ha distinguido á las señoras católicas sevillanas, y aceptada la idea de distribuirse la Junta Central en varias Comisiones, dada la importancia de los distin-

tos objetos que aquélla se propone, designáronse allí mismo por dicho Sr. Emmo. los nombres de algunas ilustres damas para formarla, reservándose la constitución definitiva de la Junta para una reunión que debería verificarse en casa de la dignísima señora Presidenta, ante el señor Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia D. Agustín Sanchez Torres, á quien nuestro Emmo. Prelado delegó especialmente para este asunto por tener que ausentarse de la Diócesis antes de su celebración. Siguiendo á la letra lo acordado ha tenido lugar en casa de la Excm. Señora Condesa de Casa-Galindo la instalación de la *Junta Central de Señoras* para la celebración del Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII en la forma siguiente:

Junta Central.

Presidenta. — Excm. Sra. Condesa de Casa Galindo.

Vicepresidenta. — Sra. Marquesa de San Juan.

Tesorera. — Excm. Sra. Condesa de Casa-Sevilla.

Secretaria. — Sra. Marquesa de Méritos.

Vocales. — Excm. Sra. Condesa de Castilleja de Guzmán. — Excm. Sra. Marquesa del Saltillo. — Excm. Sra. Doña Rosario Acuña de Lassus. — Señora Doña Natalia Alvarez de Segovia. — Excelentísima Sra. Marquesa Viuda del Nervión. — Excelentísima Sra. Marquesa de Castilleja del Campo. — Sra. Marquesa de Marchelina. — Sra. Marquesa de Sales. — Excm. Sra. Doña Concepción Castrillo de Polavieja. — Sra. Doña Clotilde Sanjurjo de Moral. — Sra. Vizcondesa de Dos Fuentes. — Sra. Doña Clara Pereira, Viuda de González. — Sra. Doña Antonia León, Viuda de Armero. — Sra. Doña Concepción Medina de Benjumea. — Excm. Sra. Marquesa del Nervión. — Sra. Doña María Lastra de Vázquez. — Excm. Sra. Condesa del Alamo. — Sra. Condesa de Bagaes. — Sra. Condesa de Peñaflo. — Sra. Condesa de Ibarra. — Sra. Condesa de Montelirios. — Sra. Marquesa de la Reunión. — Señora Marquesa de Esquivel. — Sra. Marquesa de Nevares. — Sra. Marquesa de las Cuevas. — Excelentísima Sra. Marquesa Viuda de Pickman. — Excelentísima Sra. Doña Rosario de Massa y Candau de Hoyos. — Excm. Sra. Doña Dolores Rull de Gómez. — Excm. Sra. Doña María Josefa Ponce de León, Viuda de Domínguez. — Sra. Doña Dolores Gómez de Barreda de Maestre. — Sra. Doña Sebastiana Gómez de Arellano. — Sra. Doña María Alonso de Calzada. — Sra. Doña Luisa Coll de Saenz de Juano. — Sra. Doña Carmen Canaleta, Viuda de Cámara. — Sra. Doña Asunción Cuadrado, Viuda de Abaurrea. — Sra. Doña Enriqueta Guezala de Osborne. — Sra. Doña Francisca Brieva y Muriel. — Sra. Doña Salud Calzada de Zúñiga. — Sra. Doña Concepción Gómez de Ibarra. — Sra. Doña Adela Pareja de García Abaurrea. — Srta. Doña Josefa Pajés del Corro.

Comisión directiva para el regalo que se ha de ofrecer á Su Santidad.

Presidenta: Excm. Sra. Condesa de Castilleja de Guzmán. — Excm. Sra. Condesa de Casa Segovia. — Excm. Sra. Marquesa del Donadío. — Señora Condesa de Peñaflo. — Sra. Doña Guadalupe de Pablo de Ibarra. — Excm. Sra. Doña Josefa Ureta, Viuda de Armero. — Señora Vizcondesa de Dos Fuentes.

Comisión recaudadora de los fondos para dicho objeto.

Presidenta: Excm. Sra. Doña Rosario Acuña de Lassus. — Sra. Doña Clotilde Sanjurjo de Moral. — Sra. Doña Mercedes Burin de Benjumea. — Excelentísima Señora Doña Concepción Castrillo de Polavieja. — Sra. Doña Carmen Canaleta, Viuda de Cámara. — Sra. Doña Emilia Bouisset de Fariñas. — Srta. Doña Emilia Riquelme. — Sra. Doña Ana Pérez de Vargas de Arias de Saavedra. — Sra. Marquesa de Matallana.

Comisión de labores.

Presidenta: Excm. Sra. Marquesa Viuda del Saltillo. — Sra. Doña Luisa Coll de Saenz de Juano. — Sra. Doña Elisa Segovia de Arcos. — Sra. Doña Dolores Llorente de Ibarra. — Sra. Doña Trinidad Desmaissières, Viuda de García Pérez. — Sra. Doña María de la Lastra de Vázquez. — Excm. Sra. Marquesa de Villavelviestre.

Comisión de objetos artísticos y de industria.

Presidenta: Sra. Doña Natalia Alvarez de Segovia. — Sra. Doña Enriqueta Pickman de Serra. — Sra. Doña Encarnación Clavé de Cámara. — Señora Doña Berta de Gracian. — Sra. Doña Carmen Castro, Viuda de Romero. — Excm. Sra. Doña Dolores Rull de Gómez. — Sra. Doña Salud Calzada de

Zúñiga. — Sra. Doña Sebastiana Gómez de Arellano.

Cumple á la notoria religiosidad del pueblo sevillano no dejar defraudados los deseos y firmes propósitos de la Junta Central. Nadie ignora los grandes preparativos que se hacen en todas las Diócesis para honrar al actual Pontífice en sus *Bodas de Oro*. Cuantiosas limosnas, valiosos regalos, notables objetos de arte, primorosas labores confeccionadas por particulares ó en talleres sostenidos por la piedad, innumerables y variados productos del arte y de la industria, y excelentes obras científicas y literarias afluirán dentro de poco á la Ciudad Eterna, para formar ante el trono del egregio Pontífice el más brillante monumento de su altísimo prestigio en el universo. De uno y otro continente acudirán con sus ofrendas el humilde artesano y el opulento magnate, el religioso y el seglar, el hombre de la ciencia y el tosco campesino; y hasta el fastuoso Jefe de pueblos idólatras ostentará en ricos presentes el alto aprecio que le merece el virtuoso anciano que rige los destinos del pueblo católico. Que la religiosa Sevilla no sea la última en este honroso concierto. Si las incalculables dotes personales de nuestro Pontífice y el importantísimo papel que su colosal figura desempeña en la historia contemporánea no fuesen motivos más que poderosos para avivar nuestro entusiasmo, sirvanos á lo menos de eficaz estímulo el recuerdo de nuestras pasadas glorias religiosas y los grandes ejemplos de inquebrantable adhesión á la Cátedra de Pedro que dieron siempre los hijos de Sevilla, no menos que las señaladas muestras de predilección pontificia que nuestra historia guarda en páginas de oro. Sobre todo no perdamos de vista que el Papado es el invencible alcázar de la verdad revelada, el fiel custodio de las más venerandas instituciones y la síntesis de las más lisonjeras esperanzas para todos los creyentes.

Sevilla 14 de Marzo de 1887. — Dr. D. Francisco Bermúdez de Cañas, Deán.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. TOMÁS MUÑOZ Y LUCENA, natural de Córdoba, pensionado por la Diputación de aquella provincia para continuar sus estudios en la Escuela de Madrid. Es autor de un retrato de *Fray Ceferino González*.

D. JOSÉ MUR, pintor y escultor, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes. Es obra de su mano una preciosa miniatura, la *Presentación de la Virgen*.

D. CELESTINO NANTEUIL, pintor y litógrafo, hijo de padres franceses, nació en Roma en 1813, y trasladado siendo niño á Francia, entró en 1827 en el estudio de M. Langlois. En varias Exposiciones celebradas en París ha presentado, á más de otros profanos, los siguientes asuntos: *Sacra Familia* y *Jesucristo curando á los enfermos*. Por estas obras ha obtenido diferentes medallas. En Madrid ha litografiado numerosos asuntos religiosos.

D. MANUEL NAO, En la Exposición celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1882 presentó una acuarela, *La Cartuja de Miraflores*. Han figurado muchos dibujos de su mano en distintos periódicos ilustrados, porque el Sr. Nao cultivó el dibujo con particular cuidado y en láminas religiosas; podemos citar aquí las publicadas en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, de dicho autor. Falleció en el año de 1884.

D. RICARDO MARÍA NAVARRETE Y FOS, natural de Alcoy y discípulo de la Academia de San Fernando. Estuvo en Roma pensionado por el Gobierno. En la Exposición de 1866 presentó un *Interior de la iglesia de la Paz en Roma* y *Los capuchinos en el coro cantando Vísperas*, lienzo que fué premiado con medalla de tercera clase y comprado por el Gobierno para el Museo Nacional, y que presentado después en la Exposición regional de Valencia de 1867 fué premiado con medalla de oro. En la Exposición de 1881 presentó: *En la iglesia Dei Frari* y *En la basílica de San Marcos de Venecia*.

D. ANTONIO NAVARRO, reside en Manila, donde los periódicos han elogiado varios de sus cuadros originales, entre ellos *Una Virgen*.

D. JOSÉ NAVARRO, pintor valenciano, ayudante profesor que fué de la Academia de San Carlos de Valencia por los años de 1850. En el Museo provincial de la misma población se conservan tres lienzos suyos, copias de Camarón, uno de los cuales representa á *Santa Rosa*.

D. MIGUEL NAVARRO Y CAÑIZARES, natural de Valencia y discípulo de la Academia de San Carlos de aquella población, y en Madrid de la Escuela su-

perior de Pintura y de D. Federico Madrazo. En 1864 hizo oposición y obtuvo una de las pensiones para pasar á Roma, habiendo sido el asunto del cuadro ejecutado en los ejercicios *La resurrección de la hija de Jairo*. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1866 presentó *Santa Catalina transportada al cielo por varios ángeles*, obra premiada con una medalla de tercera clase y adquirida para el Museo Nacional, desde donde fué enviada á la Universidad nueva de Barcelona.

DOÑA MARÍA MICAELA NESBITT, pintora de afición, creada Académica de mérito de San Fernando por la pintura en 17 de Diciembre de 1820. En la misma corporación se conserva *Una Virgen* de dicha señora, copia de Sassoferrato.

D. A. NETO. En la Exposición de Cadiz de 1879 presentó *Interior de un templo*.

D. JOSÉ NICOLAU Y BARTOMEU, pintor y grabador, natural de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, en la que obtuvo diferentes premios. Es autor de *Una Cabeza de San Juan Bautista*.

DOÑA TERESA NICOLAU Y PARODY, pintora miniaturista de afición, natural de Madrid. En un principio ejerció la pintura al óleo; pero pronto substituyó este género por la miniatura, como más adecuado y propio de la mujer, y en este último género terminó numerosas copias de los primeros maestros y concurrió á diferentes Exposiciones públicas, alcanzando varios premios y menciones honoríficas, así como los elogios de la crítica, y las Academias de San Fernando de Madrid y de San Carlos de Valencia concedieronle el título de Académica de mérito cuando era aun muy joven esta artista. Sus obras religiosas de que tenemos noticia son las siguientes: *La Magdalena en el desierto*, *Rebeca dando de beber al ganado de Labán*, original; *Santa Teresa de Jesús*, *La Verónica*, *San Juan Capistrano en el momento de presentar los Evangelios en la plaza de Roma*, *San Juan Bautista en el desierto*, *San José con el Niño Jesús en los brazos*, *Jesucristo con la cruz al hombro y soldados en el fondo*, *La prisión de Jesús*, copia de Teniers, en tamaño grande; *Muerte de San Francisco*, *Una Virgen*, copia de Sassoferrato, existente en el Museo Nacional, y otra *Virgen*, copia de Leonardo de Vinci.

D. JOSÉ NIN Y TUDÓ, natural de Vendrell, en la provincia de Tarragona, y discípulo de D. Carlos Luis de Ribera, pensionado para el estudio de la pintura por la Diputación provincial de Barcelona. Conocemos las siguientes obras religiosas de este acreditado pintor: *Jesucristo en el momento de quitarle la corona de espinas*, *La Magdalena*, copia de Ribera, y *Jesucristo crucificado*, copia de Velázquez. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó el Sr. Nin *La muerte de Abel*, lienzo de grandes dimensiones, que fue premiado con mención honorífica y adquirido por el Gobierno. Muchas son las demás obras del artista que nos ocupa, quien ha obtenido diferentes premios y es asimismo un escritor muy distinguido.

D. RAFAEL OCHOA Y MADRAZO, natural de Madrid y discípulo en París de Mr. Gerome y de D. Raimundo de Madrazo. En la Exposición celebrada en 1879 en aquella capital presentó *Una Misa en San Felipe de Roule en París*.

D. JOAQUÍN OLIET, pintor valenciano, discípulo á fines del último siglo de la Academia de Nobles Artes de San Carlos. En 5 de Junio de 1803 fué nombrado individuo supernumerario de mérito de aquella corporación por la pintura. Sus obras más conocidas son las pinturas del cascarón del presbiterio en la iglesia parroquial de Ibi; dos alegorías de la Sagrada Escritura, en la parroquia de Algemesí, y la *Cabeza de San Pedro* y un *San Roque*, en el Museo provincial de Valencia.

D. EUGENIO OLIVA Y RODRIGO, natural de Palencia y discípulo en Madrid de D. Germán Hernández. En 1879 hizo oposición á la pensión de pintura histórica para la Academia Española en Roma, ejecutando el boceto de *Moisés sacado del Nilo* y el cuadro de *Cain dando muerte á Abel*; fué agraciado con dicha pensión, marchando á la capital de Italia, desde donde ha remitido, entre otros asuntos, *La creación del hombre*, copia al óleo de Miguel Ángel.

D. FRANCISCO OLLER Y CESTERO, natural de Puerto Rico. Es autor de una *Concepción*, copia de Tiépolo, que figuró en la Exposición que de sus obras llevó á efecto el Sr. Oller en la Redacción de *La Correspondencia de España*.

D. JULIÁN OÑATE, natural de Burgos, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz, que le premió en 1877 y posteriormente de la superior de Madrid. Es autor de una *Dolorosa*, propiedad de Don J. Carlos Gardinier.

D. ELÍAS ORDÓÑEZ Y GONZÁLEZ, natural de Iteiro de la Vega (Palencia), discípulo de D. Dióscoro Teófilo Puebla y de D. Antonio Pérez Rubio. En

la Exposición Nacional de 1881 presentó *El entierro de Cristo* (dibujo á pluma).

D. JULIÁN ORDOZGOITI, artista alavés, Secretario de la Academia de dibujo de Vitoria. En 1865 escribió la declaración dogmática de la Purísima Concepción, dedicada por la provincia de Alava á Su Santidad Pío IX, con lindísimos dibujos al dorso de cada página y orlas de mérito.

D. MELCHOR OROZCO, natural de Yuncler, en la provincia de Toledo, y discípulo de D. Patricio Rodríguez y de la Academia de San Fernando. En la Exposición celebrada en Madrid en 1864 presentó una *Vista de la Catedral de Toledo, tomada desde la capilla de los Reyes viejos*.

DOÑA JOSEFA ELISA OROZCO DE FOLACHE. — En la Exposición de Jaén de 1878 presentó tres cuadros al óleo, que representaban *La Samaritana*, *La Virgen del Carmelo* y *La Virgen de las Misericordias*.

D. CALIXTO ORTEGA, pintor y grabador en madera, discípulo de la Academia de San Fernando. Sus obras pictórico-religiosas son las siguientes: una copia de las *Bodas de Caná*, de Veronés, presentada en la Exposición de 1841, y *Santa Isabel dando limosna á los pobres*, en la de 1843.

D. FRANCISCO ORTEGO Y VEREDA, pintor y notable dibujante, natural de Madrid y discípulo de la Escuela Superior de Pintura, dependiente de la Academia de San Fernando. Es autor de una copia de *La Perla*.

D. ANGEL ORTIZ, natural de Cádiz, discípulo de su Escuela de Bellas Artes, y pensionado que fué por la misma para terminar en el extranjero su educación artística. Es autor de una copia de *La Perla*, existente en el Museo provincial de Cádiz, y de *Una Magdalena*, que figuró en la Exposición de dicha ciudad el año 1868.

D. CIPRIANO DE OTAOLA Y ROJAS, natural de Bilbao y discípulo en Madrid de la Academia de San Fernando. En las Exposiciones públicas de 1860 á 1864 presentó varios retratos, entre los que llamó justamente la atención el de *Un sacerdote*. Obtuvo este artista en los diferentes concursos á que prestó el suyo algunas menciones honoríficas y murió joven aún á fines de 1865.

D. JOSÉ OTHON, natural de Madrid y discípulo de D. Fernando Brambilla. Conocemos muchas y muy buenas miniaturas de su mano, existentes en varias casas particulares. En la Exposición de Bellas Artes de 1862 presentó: *San Ricardo, rey de Inglaterra, en el momento de bajar las gradas del trono que acababa de renunciar para dirigirse en peregrinación á Tierra Santa y retirarse á un claustro*.

D. JOAQUÍN OTTO, profesor de caligrafía y dibujo de la ciudad de Córdoba. Presentó en la Exposición permanente de Bellas Artes del Alcázar de Sevilla de 1874 un cuadro hecho á pluma, representando el juicio final, por Miguel Ángel, trabajo digno de los mayores encomios, según la prensa de la localidad.

DOÑA ANTONIA OVIEDO, pintora. En la Exposición celebrada en Cádiz en 1879 presentó: *Ecce Homo* (copia de Van-Dyk), *La Cena* y *Un coro de frailes*. Fué premiada con medalla de bronce.

D. RAMÓN PADRÓ Y PEDRET, natural de Barcelona, discípulo de su Escuela de Bellas Artes, en la que obtuvo numerosos premios de fin de curso en los académicos de 1857 á 1866. A este laborioso y distinguido artista débense las obras *León XIII orando al pie de la Virgen de las Mercedes* y un *Retrato del Rector de la Barceloneta*, muerto en la invasión cólera de 1870.

D. TOMÁS PADRÓ Y PEDRET, hermano del anterior y natural como él de Barcelona. Estudió en un principio bajo la dirección de D. Claudio Lorenzale y en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal, y posteriormente en la Academia de San Fernando de Madrid. En 1866 pintó *Una Dolorosa*, posteriormente el *Retrato de la Abadesa de un monasterio de Barcelona* y *El Bautismo de Cristo*, para San Martín de Torrella. Dedicado más especialmente al dibujo en madera, ejecutó numerosos trabajos para obras y periódicos, de los que citaremos: *Los héroes del Cristianismo*, *La Virgen María* y *El Redentor de la humanidad*. D. Tomás Padró falleció pobre, como la mayor parte de los artistas españoles; pero sus compañeros tomaron á empeño aliviar la triste situación en que quedaban su viuda y sus huérfanos y organizaron con donativos artísticos una lotería cuyos productos se consagraron á tan generoso objeto.

D. JOAQUÍN PALLARES Y AYUSTANTE, pintor de Zaragoza, discípulo de D. Vicente Palmaroli y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. Es autor de *San Lorenzo de Brindis*.

D. CAYETANO PALMAROLI, pintor de historia y litógrafo, nació en Fermo (Italia) en 1801, y fué discípulo en Roma de Minardi y de la Academia

Pontificia de San Lucas, en cuyas clases alcanzó diferentes premios. En aquella capital hizo un dibujo de *La batalla de Constantino*, copia del fresco de Rafael, que fué grabado en una lámina de gran tamaño y aumentó el crédito que ya gozaba de correcto y fácil dibujante. Esta obra le valió el ser elegido para venir á España á tomar parte en los trabajos del Real establecimiento litográfico, trasladando su residencia á Madrid en 1829, como lo hizo hasta su fallecimiento, ocurrido el día 4 de Diciembre del año de 1853. Además de las obras á que nos hemos referido pintó al óleo este artista varias copias de los principales lienzos existentes en el monasterio de San Lorenzo del Escorial (1834), entre los que sobresalieron *La Virgen del Pez* (Rafael), *Santa Brígida* (Giorgione) y *La Santa Forma* (C. Coello), presentada esta última en la Exposición celebrada por la Academia de San Fernando en 1839, y que reprodujo grabada en madera *El Semanario Pintoresco Español*. Entre sus trabajos litográficos se cuentan muchos asuntos religiosos.

D. VICENTE PALMAROLI Y GONZÁLEZ, hijo del anterior, nació en Zarzalejo, provincia de Madrid, en 5 de Septiembre de 1834 y fué discípulo de su señor padre, de D. Federico de Madrazo y de la Escuela superior de Pintura dependiente de la Academia de Nobles Artes de San Fernando. En 1858 marchó á Italia, en cuya nación ha terminado sus mejores obras, siendo pensionado algún tiempo después por la reina Doña Isabel II. Vuelto á España en 1862, presentó en la Exposición Nacional de dicho año un lienzo de grandes dimensiones, encargado por dicha señora, representando á *Santiago, Santa Isabel, San Francisco y San Pío V, patronos de España, de los Reyes y del Pontífice Pío IX, intercediendo con San Ildefonso, santo tutelar del Príncipe de Asturias, para que le proteja y guíe*. El Sr. Palmaroli supo vencer las dificultades que el carácter de la composición ofrecía, consiguiendo grandes elogios de la crítica y que el Jurado calificador le agradeciese con una medalla de segunda clase. En la misma Exposición donde presentó el lienzo que antecede obtuvo con otro, primer premio. Después de un viaje á Roma, Florencia y Nápoles expuso en el Certámen de 1866 su obra *La capilla Sixtina durante una función solemne*, que fué premiada con medalla de primera clase. Esta obra figuró igualmente en la Exposición Universal de París (1867), valiéndole á su autor una medalla de oro de segunda clase. La Emperatriz de los franceses quiso adquirirle con el mayor empeño; pero no pudo verificarlo á causa de ser propiedad de Don Francisco de Asís de Borbón. En 7 de Abril de 1872 el Sr. Palmaroli tomó asiento en la Real Academia de San Fernando. En 1882 fué elegido Director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, en reemplazo del Sr. Pradilla. El Sr. Palmaroli se halla condecorado con las encomiendas de Carlos III é Isabel la Católica y la cruz de la Legión de Honor de Francia.

M. DE A.

(Se continuará.)

NOTICIAS

Las hermanitas de la Cruz de Sevilla han adquirido la casa-palacio del marqués de San Gil, con objeto de dar mayor ensanche y poder recibir mayor número de niñas pobres y huérfanas en el asilo que vienen sosteniendo en provecho de las pobres jóvenes desamparadas.

En Nueva York se va á fundar este año una casa de católicos alemanes que llegan á aquel puerto. Está ya aprobado el proyecto por Su Santidad, y se llamará *Casa misión de León XIII*.

La República de Liberia, situada en la costa O. de Africa, fué fundada por los Estados Unidos; su población de negros, que sufrieron la esclavitud, es protestante en su mayoría, y sin embargo, ha pedido á la Santa Sede misioneros católicos para dar á la instrucción pública y á los hospitales el desarrollo y buena gestión que todavía les falta.

El periódico francés que da la noticia supone que allí en las escuelas habrá Crucifijos y se enseñará la Religión, lo que no se hace en Francia; y añade que allí en Africa se edifican algunas iglesias, mientras que en Europa se las va destruyendo.

Las fiestas de la Patrona de Valencia han sido por todo extremo brillantes, según la prensa de aquella capital. Comenzaron el domingo con la misa de

mañana que se celebró en la capilla donde se venera la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados. Una multitud de fieles asistió á oír, y lo propio sucedió con las que posteriormente se celebraron. La música de la brigada de Bomberos entonó los acordes de la marcha Real al descubrirse la imagen, ejecutando á continuación bonitas composiciones.

Numeroso gentío se trasladó después al paseo de la Alameda, en cuyo ameno sitio estaba anunciada para las ocho una misa de campaña. Los clarines anunciaron á dicha hora la llegada del capitán general, acompañado por lucido séquito y escolta de caballería. El improvisado altar se había levantado sobre una plataforma flanqueada con trofeos militares, y todas las tropas, francas de servicio, presenciaron el acto religioso. Terminado éste, la gente se dirigió á la plaza de la Virgen para presenciar la traslación de la imagen llamada del Cabildo, desde la capilla al trono dispuesto en el altar mayor de la Basílica, decorado por magnífico pabellón. La aparición de la Patrona de la ciudad fué saludada con los acordes de la marcha Real y con los vítores y aclamaciones de la multitud que había en dicha plaza.

Después de su instalación en el altar, dió comienzo la festividad religiosa. El Cardenal, revestido con los sagrados ornamentos, ocupó el sitial que por su jerarquía le corresponde en el presbiterio, y una comisión del Ayuntamiento asistió á dicho acto. El Dr. Sr. David ensalzó las glorias de la Virgen de los Desamparados y los servicios que prestaba á la diócesis valenciana su pastor el Sr. Monescillo. Se ejecutó por numerosa capilla de música la composición del Sr. Guzmán. Gran número de fieles poblaba las naves de la Basílica.

Por la tarde, á las seis, tuvo lugar la procesión general. Formaban parte de ella los gremios con sus antiguas banderas, los asilados de los diversos establecimientos de caridad que cuenta Valencia, los cleros parroquiales con sus respectivas cruces, los seminaristas, representantes de varias corporaciones y del ejército, el cabildo metropolitano, en el que iban interpolados los concejales y la Santa Imagen, conducida en hombros por sacerdotes, tras la que iba el Cardenal y una comisión del Ayuntamiento presidida por el Sr. Alcayne, quien llevaba á su derecha al mariscal de campo Sr. Velaasco, en representación del capitán general del distrito. Las músicas de Veteranos y de la Beneficencia alternaban en la ejecución de marchas escogidas, y un piquete de dicho cuerpo daba la guardia de honor á Nuestra Señora.

La procesión recorrió la carrera de costumbre, que estaba invadida por numeroso público. Los balcones ostentaban colgaduras de damasco y otras telas vistosas que imprimían animado aspecto á la capital.

Ala llegada de la Virgen á su capilla se encendieron numerosas luces de bengala, las músicas rompieron con los acordes de la marcha Real, hendiendo los aires los gritos de júbilo de la multitud de gentes que acudieron á presenciar la entrada de dicha imagen, las campanas se echaron á vuelo, y su ruido se confundía con el estrépito de una traca cuyo principio estaba en la puerta de los Apóstoles, terminando en lo más alto del Miguelete.

A las nueve de la noche dió comienzo la serenata en la plaza de la Catedral, en la que tomaron parte las músicas de Bomberos y Beneficencia.

Con inusitada pompa y solemnidad se ha celebrado en Figueras la función de desagravios en reparación de las ofensas inferidas á Dios y á la Virgen por una desenfrenada turba en el memorable día de la entusiasta y fervorosa Romería á Nuestra Señora del Camp. Por la mañana, á las siete, se celebró Comunión general, que, á pesar de no haberse podido anunciar previamente, estuvo concurridísima; por la tarde, á las tres y media, después del canto de Vísperas y Completas y el rezo del Santísimo Rosario, el Rdo. Cura Economo subió á la Cátedra del Espíritu Santo, exponiendo á los fieles las excelencias del símbolo de la cruz para el cristiano, y, terminado su sermón, empezó la adoración de la Vera-Cruz, que duró larguísimo rato, pues fué crecidísimo el número de hombres y mujeres que con suma devoción verificaron este religioso acto para desagraviar á Dios de los infames atropellos recibidos y rogarle por los mismos autores.

Después de haber dotado el Sr. D. José Tolrá de aguas potables al pueblo de Castellar del Vallés (Barcelona), y de dar colocación y empleo en sus fábricas á centenares de obreros, pensó en dar ensanche al templo parroquial del mismo, y aunque

la muerte le sorprendió antes de realizar su empeño, su digna viuda ha proseguido la obra de aquél, confiando los planos del templo al arquitecto Sr. Martorell, y su desarrollo y ejecución al arquitecto don Emilio Sala y Cortés.

Pertenece éste al orden gótico y la parte hoy construida y terminada por completo exterior é interiormente comprende el presbiterio, crucero, primera capilla de la nave principal, capilla del Santísimo Sacramento, sacristía y dependencias contiguas, campanario, ábside y fachadas laterales. Para construir el resto del templo, que se compondrá de cuatro capillas más por cada lado y la fachada principal, es preciso derribar la iglesia antigua, lo que no se ha podido hacer hasta tener habilitada una parte de la nueva, ya que en la población no hay otro templo que pudiera servir interinamente para el servicio divino.

Recientemente se ha verificado la bendición solemne del nuevo templo por el Prelado de la Diócesis.

Además de la parte principal que han tenido en la obra los arquitectos Sres. Martorell y Sala y Cortés, justo es citar el inteligente maestro de obras D. Francisco de A. Gallart, á quien se debe la precisión, seguridad y acierto con que llevó á cabo la ejecución de que se le iba encargando.

Al Sr. Amigó se deben las bellas vidrieras de colores, que son sin duda de los mejores trabajos que habrán salido de su fábrica.

La parte de carpintería y talla de los altares corrió casi toda á cargo de D. José Girbau, del mismo Castellar. El altar mayor fué tallado por D. Dámaso Baró.

Las imágenes son obra de D. Maximino Sala, excepto la de Nuestra Señora de las Arenas, debida al Sr. Talarn, ambos de ésta. En el dorado y pintura intervinieron varios artistas; entre ellos D. Tomás Mercader, y D. Toribio Sampere, habiendo tenido á su cargo algunos altares é imágenes D. Celestino Falcó y D. Luis Matheu.

Otros muchos artistas han trabajado en tan importante obra, de todos los cuales se pueden decir palabras de elogio á la vista de sus trabajos.

En Septiembre próximo es cuando empezarán las grandes manifestaciones y peregrinaciones con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII.

Los españoles, que constituirán un grupo de algunos miles de personas, abrirán la marcha y serán recibidos por Su Santidad.

Los belgas serán recibidos los últimos, después de Pascua del año próximo, quizás en el mes de Abril. Tres Obispos acompañarán á los belgas, Mons. Goossens, Arzobispo de Malinas; monseñor Belin, Obispo de Namur, y Mons. Lambrecht, Obispo de Gerra.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Madrid el Rdo. P. José Joaquín Cotañilla, de la Compañía de Jesús.

En Uces (Salamanca) el Cura Párroco Dr. Felipe Pérez Fontanillo.

En Alba de Tormes la religiosa benedictina Sor Gertrudis López Santos.

En Orihuela el Canónigo Arcediano D. Miguel Bejarano.

En Salamanca el Presbítero D. Luis Romo Blanco.

En Córdoba el Presbítero D. Antonio Díaz Jiménez.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.